La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS

LA AMENAZA DEL DECIMO PLANETA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Un masivo objeto estelar se dirige a la velocidad de la luz hacia el Sistema Solar procedente, presumiblemente, del centro galáctico. Los astrónomos han estudiado su forma y velocidad y calculado que pasará cerca de Plutón por lo que se ha adecuado una nave, construida por una corporación privada, para interceptarlo y estudiarlo durante su paso.



A. Thorkent

La amenaza del décimo planeta

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 518

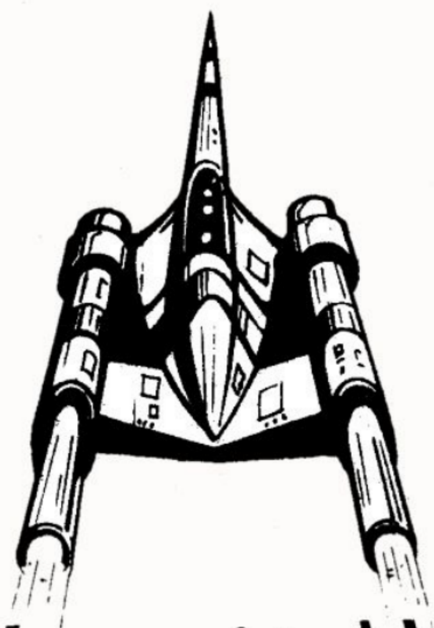
ePub r1.0

Titivillus 27.03.2019

Título original: *La amenaza del décimo planeta*
A. Thorkent, 1980
Cubierta: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0





La conquista del ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

Aquella mañana Jean Divo se levantó de mal humor. Su mayordomo apenas hacía unos instantes que había despedido, con el consiguiente regalo, a la rutilante chica, estrella de la televisión, que había sido la invitada de turno en la apartada mansión.

Divo apenas probó el ostentoso desayuno. La criada le notó una mirada velada y se lo comunicó a Carpenter, el mayordomo. Y este, preocupado, preguntó a su señor si le ocurría algo y deseaba que avisara a su médico de Nueva York.

—Puede venir en menos de dos horas, señor —añadió Carpenter, después de hacer una discreta señal a la criada para que retirase la bandeja con el desayuno.

—No me ocurre nada. Gracias, Carpenter.

—Si me permite decirlo, el señor tiene mala cara. Ah, la señorita Carol me pidió que le diese las gracias. La pulsera de brillantes la fascinó.

Jean asintió y el mayordomo se preguntó si realmente le había oído. Se encogió de hombros, no comprendiendo cómo el señor Divo se encontraba de mal humor aquella mañana. Bueno, no era precisamente que estuviese con mal carácter, sino que después de una agradable noche con una chica como la señorita Carol un hombre debía de estar al menos más contento.

—No se preocupe, Carpenter —dijo quedamente Divo—. Solo estoy preocupado. He tenido pesadillas, ¿sabe? Por cierto, ¿ha preguntado alguien por mí?

La expresión de Carpenter fue de plena sorpresa, cuando habló tartamudeaba.

—Señor… Yo, bueno, lo cierto es que no pensaba molestarle, pero en la entrada principal hay un individuo que pidió primero al vigilante y luego al jefe de seguridad que deseaba verle. Tanto insistió, que el jefe de seguridad se lo ha comunicado a su

secretario, pero el señor Tadeus ordenó que le dijeran que debía marcharse.

Por un momento los ojos de Jean brillaron. Con ansiedad, preguntó:

—¿Sigue aún en la puerta?

—Creo que sí. Al parecer, pasea delante de la finca, señor. Como parece pacífico y no molesta, el señor Tadeus dijo al jefe de vigilancia que no era preciso llamar a la policía local. Pensó que no convenía un escándalo…

—Dígale que deseo verle.

—¿Cómo, señor?

—Me ha escuchado perfectamente. Tengo que ver a ese hombre. Ahora mismo. Vamos, dígale a Tadeus que envíe un coche a buscarle y que se le trate como a un amigo mío. Esperaré en mi despacho y no deseo que nadie nos moleste.

Carpenter asintió y salió de la alcoba totalmente confundido.

En los años que llevaba al servicio del señor Divo, se había acostumbrado a muchas cosas extrañas, y los más excéntricos visitantes, desde prostitutas de lujo a jeques árabes, pasando por gangsters de las finanzas, dictadores derrocados y generales de pequeños países en solicitud de ayuda para derrocar a su gobierno.

En compañía de Tadeus había observado al desconocido por medio del circuito privado de televisión.

Era un hombre pequeño, delgado, que vestía un gabán oscuro y viejo. Su sombrero, tal vez dos medidas mayor que lo apropiado, le ocultaba parte del rostro.

Hizo un gesto de indiferencia y caminó por el corredor en busca del secretario. Él se limitaría a transmitirle la orden del señor.

A solas en su dormitorio, Jean Divo se cambió el batín por una chaqueta *sport*, se anudó un pañuelo al cuello y se dirigió a su despacho. Allí encendió un cigarro y miró a través de la ventana. Dominaba el camino que conducía a la casa desde la verja electrificada. A la derecha había un macizo de árboles tropicales. Escuchó ladridos. Eran los perros que estaban siendo devueltos a sus perreras, como se hacía todas las mañanas. En la parte contraria, cerca de los garajes, dos hombres caminaban muy despacio. Llevaban metralletas. Se dirigían hacia la entrada de la casa, a la gran escalinata de mármol.

Por los escalones bajó Lewis, su jefe de seguridad. Les habló y uno de los hombres corrió hacia el garaje. Instantes después, conducía un enorme coche negro en dirección a la entrada.

Jean sonrió torvamente cuando estudió la expresión sofocada de Lewis, que paseaba nerviosamente delante de la escalera y fumando con ansiedad.

Caminó hasta detrás de su escritorio y casi se derrumbó en el gran sillón de cuero, que se amoldó a su anatomía al instante.

Pulsó un botón y varias pequeñas pantallas de televisión se elevaron de una sección de la mesa. Por una de ellas vio cómo el coche recogía al desconocido, la verja de acero se cerraba y regresaba a la casa.

Cerró los ojos. Estaba ansioso porque el desconocido entrase en su despacho, y al mismo tiempo le inquietaba ese momento.

Fumó sin darse cuenta y mecánicamente aplastó el cigarro en el cenicero, depositándolo sobre un segmento del círculo. Tres segundos más tarde, la totalidad del cigarro había desaparecido, y el cenicero volvía a estar inmaculadamente limpio.

Permaneció en silencio y quieto un tiempo, con los dedos cruzados sobre el vientre.

Parecía pensar, pero su mente estaba en blanco, sumida en una tranquilidad de la que no había gozado en mucho tiempo.

Jean Divo aún no tenía los cincuenta años, pero parecía tener media docena menos.

De su salud se ocupaba un eficaz equipo médico que prácticamente se dedicaba a él. Su salud era perfecta físicamente.

En cuanto a la mente, siempre se había considerado un hombre equilibrado, que sabía dominar sus emociones.

Cuando intentaba rememorar su sueño algo extraño le impulsaba a pensar en otra cosa. Dos o tres veces se había despertado aquella noche.

La chica dormía profundamente a su lado y él la ignoró.

Pocas horas antes se habían amado, o la había amado él, porque Carol era una buena actriz en la televisión, y en la cama no podía suponerle ningún esfuerzo fingir como en la pantalla.

Se alegró de dormir cuando ella se marchó. Pero despertó al escuchar cerrarse la puerta y entonces supo que aquella mañana iba a recibir una visita.

En la segunda pantalla veía al coche detenerse delante de la escalera.

Lewis acudió a recibir al recién llegado, conversó con el guardián, seguramente para preguntarle si le había registrado. El guardián asintió y Lewis indicó el interior de la casa al pequeño hombre del gabán.

Jean torció el gesto en una sonrisa. Seguramente, Lewis volvería a registrar al visitante, e incluso le haría pasar por los detectores.

Cuando Lewis introdujo en el despacho al visitante, permaneció un instante junto a la puerta, hasta que Divo le indicó que les dejase solos.

—Pase, por favor —dijo frunciendo el ceño y tratando de ver la cara del hombre—. Siéntese.

El visitante llevaba muy largo el gabán, y caminó por la gruesa alfombra hasta la silla situada al otro lado de la mesa. Se sentó muy despacio. La luz que entraba por el ventanal le daba en la espalda y Divo siguió sin poder verle el rostro. Se mordió los labios, lamentando no haber previsto aquella circunstancia. Si se hubieran sentado en los butacones situados en el otro lado de la habitación…

Pero Divo no se sintió capaz de pedírselo. Trató de sonreír y dijo con voz ronca:

—Bien, usted dirá qué desea de mí, señor…

—Llámeme Smith.

—Me imagino que ese no es su nombre.

—No lo es. Pero necesito un nombre. Por favor, señor Divo, estaríamos más cómodos si dejase de filmar esta entrevista.

Divo se estremeció.

Con mano temblorosa, pulsó el botón disimulado junto a una moldura de su mesa, y desconectó la cámara oculta.

Pudo haber hecho el intento solo, pero algo le dijo que el señor Smith había sabido enseguida que le había obedecido. ¿Obedecido? ¿Por qué había pensado que la sugerencia del señor Smith era una orden?

Encendió un nuevo cigarro. Cuando arrojó la primera bocanada, preguntó a su visitante si le apetecía fumar.

—No, gracias. Dispongo de poco tiempo, señor Divo.

Y el señor Divo, pese al aroma del habano, notó un olor difuso, pero desagradable. ¿Es que aquel tipo no se había lavado aquella

mañana?, pensó.

—Está notando el primer síntoma que me obliga a ser breve, señor Divo —dijo Smith, muy tieso en la silla de alto respaldo. Tenía las manos metidas en los bolsillos del gabán y de vez en cuando respiraba entrecortadamente—. He perdido mucho tiempo buscando al hombre adecuado, a usted concretamente.

—¿Por qué yo? En realidad no le conozco y me estoy preguntando por qué le recibo…

—Se lo pedí anoche.

—¿Que usted me lo pidió? No entiendo nada.

—No es preciso. Digamos que le induje a querer recibirme. Usted me esperaba, ¿no? —apenas hubo asentido Divo, Smith añadió:

—Y usted se sintió más calmado cuando le dijeron que estaba en la puerta de su finca. ¿Me equivoco?

—Bueno, en cierta forma, sí. ¿Pero qué desea de mí? ¿Dinero?

—Todo su dinero.

—Está loco —dijo Divo, medio incorporándose.

El visitante sacó su mano derecha del gabán. Era una mano pequeña, enfundada en un guante de goma negra.

—Cálmese. Usted es tal vez el hombre que más riquezas posee en este planeta. Posee fábricas, líneas aéreas, yacimientos de gas, de uranio, etc.

—No me impresiona con esos datos. Lo sabe todo el mundo.

—Seguro; pero no todo el mundo sabe que usted advierte que su imperio económico está a punto de derrumbarse. Un imperio que comenzó a formar su abuelo, ¿o fue su tatarabuelo? Eso no importa. Y no es que vaya a arruinarse, sino que todo cambia y usted solo puede sostener sus inmensos negocios haciéndolos crecer continuamente. Y ahora parece que ha tocado fondo en las inversiones.

—Eso son disparates…

—No, señor Divo. Usted aún es joven. Puede vivir treinta o cuarenta años más. Hace cuatro años, comenzó con los negocios espaciales. ¿O fueron diez? Disculpe, pero no puedo asimilar tantos datos.

—Fueron doce años, exactamente.

—Después de la paralización en la carrera espacial surgida en el

siglo pasado y una vez que terminaron las tensiones provocadas por la escasez de energía, los gobiernos de los estados más poderosos de nuevo volvieron sus ojos al espacio. Se había obtenido una demora en la crisis final y definitiva, pero había que ampliar los campos para la Humanidad, o esta se ahogaría en sus propias limitaciones y excrementos.

—Lo que dice no es nada nuevo…

—Déjeme hablar a mí, señor Divo. Le repito que no me queda mucho tiempo.

—¿Qué prisa tiene?

—Mi cuerpo se descompone.

Jean Divo hizo desaparecer su cigarro, e inmediatamente encendió otro. El aroma del tabaco le permitía no notar el olor, cada vez más desagradable, que emanaba el visitante.

—Pronto todo habrá concluido. Era un cuerpo viejo, no muy bueno, pero el único que encontré y me ha servido bien hasta ahora, mientras le buscaba.

—¿Por qué me buscaba?

—No concretamente a usted, sino a un hombre riquísimo y poderoso, con ambiciones de triunfar, a quien los gobiernos de la Tierra respetan y temen. Nosotros dos haremos cosas grandes, señor Divo.

—¿Nosotros?

—Sí, eso he dicho. Pronto usted y yo vamos a ser una sola persona.

Ahora Divo se levantó de un salto.

—Está loco y debe darse un baño.

La mano de Smith se alzó más y por un segundo su cara se movió. Divo apenas pudo ver un rostro pálido, casi transparente. Se sentó muy despacio y asustado.

—Su mente… —comenzó a decir.

—Mi mente es muy poderosa. Pronto seremos uno, señor Divo. Ahora le estudio, investigo cada célula de su cuerpo porque debo conocer a la perfección cuál va a ser mi nuevo alojamiento. No, no se asuste, porque su mente seguirá existiendo, pero ayudada por la mía.

—¿Qué quiere de mí?

—Vamos a impulsar los vuelos espaciales, señor Divo. Las compañías Divo van a asombrar al mundo con sus nuevos proyectos. El hombre rebasará el límite de la órbita de Marte y conquistará todo el Sistema Solar. Luego vendrán las estrellas. ¿No le parece una idea maravillosa? La gloria de sus antepasados quedará eclipsada por lo que usted realizará. A usted le deberá la Humanidad un futuro esplendoroso.

—Pero dejaré de ser yo…

—¡No! Usted será siempre el mismo, pero más inteligente y más fuerte. Nadie podrá vencerle, porque yo estaré en usted, ¿entiende? Cuando dormía, después de su acto sexual, estaba relajado, en condiciones de recibirme por primera vez. Le calmé y preparé para esta entrevista, que usted deseaba tanto sostener subconscientemente.

—Es posible que así sea, pero aún no logro comprender la ventaja que me ofrece.

—Usted no notará nunca que me lleva consigo, señor Divo. Se lo prometo.

—¿Y si me niego?

Escuchó un silbido que parecía una risa.

—¿Cree que podrá negarse? Inténtelo.

Y Divo se sintió tan satisfecho que no se movió del sillón.

Siguió fumando. Ya había dejado de percibir el desagradable olor que partía del visitante.

—Parece un cuento fantástico —dijo jovialmente Divo.

—Las compañías espaciales que fundó hace doce años son deficitarias, señor Divo. Ellas pueden llevarle a la ruina porque se tragan todos los años miles de millones de dólares. Con los nuevos proyectos empezarán a dar dividendos. Y luego esas compañías le permitirán dominar los negocios en el espacio.

—No habrá negocios hasta que no se consiga traspasar la órbita de Júpiter.

—Se hará. Usted lo hará.

—¿Yo? Aunque soy ingeniero espacial, nunca he ejercido…

—Usted asombrará al mundo con sus descubrimientos. Le darán el premio Nobel, todos los premios de las mejores universidades de la Tierra.

—Nadie se lo creerá.

—Con las evidencias, sí.

Divo entornó los ojos. Sería maravilloso. El nombre de Jean Divo no sería ya solo el de un propietario de inmensa fortuna e incontables corporaciones, sociedades…

Cuando Carpenter entró en el despacho, vio a su jefe vuelto de espaldas, mirando por el ventanal. La mano sostenía un puro apagado.

El mayordomo estuvo a punto de perder el equilibrio cuando tropezó con algo en el suelo. Al ruido, Divo se giró y dijo:

—Ah, Carpenter. Recoja eso del suelo y quémelo.

El mayordomo tomó entre sus manos un viejo gabán. Torció el gesto. Olía muy mal.

—¿Y la visita, señor Divo?

—Se marchó. Tenía prisa.

—Se olvidó esto, señor.

—No lo quería ya. Quémelo, le digo.

—Sí, señor.

—Carpenter.

—¿Diga, señor?

—Convoque a todos mis administradores. Quiero tenerlos aquí antes de veinticuatro horas. Que la servidumbre disponga todos los cuartos. Vamos a tenerlos aquí durante varios días.

—¿Puedo preguntar si dará alguna fiesta y de qué clase?

—Serán jornadas de trabajo, Carpenter.

—¿Seguro, señor?

—Sí. Vamos a trabajar mucho, intensamente.

CAPÍTULO II

—¿Profesor Ray White?

El anciano levantó la cabeza y siguió masticando la carne guisada en su jugo. Por encima de sus lentes estudió al hombre que se le había plantado delante.

Vestía el uniforme del *International Space Administration* y sobre sus hombreras llevaba los galones de capitán. Debía tener poco más de treinta y cinco años, y su tez era muy morena.

—¿Qué desea? —gruñó el profesor, iniciando un nuevo corte en el trozo de carne—. ¿No ve que estoy comiendo?

—Siento molestarle, señor. Soy el capitán Roger De Mars.

Supe hace una semana que viajaba en el Gadir, pero no he podido verle hasta hoy.

White dejó el tenedor y frunció el ceño.

—De Mars. Creo que he leído ese nombre en algún sitio.

—Claro que sí, profesor —dijo el capitán—. Soy el comandante de la expedición Goliat. ¿Recuerda ahora? Nos presentaron en Sidney hace dos meses.

—Ya recuerdo. Fue una convención bastante desagradable. Pero por favor, siéntese. ¿Desea comer?

—No, gracias. Ya lo hice —una camarera se acercó y el capitán le pidió un coñac—. No le he visto hasta hoy en el comedor, profesor.

—Apenas he salido de mi camarote; tenía trabajo atrasado.

—¿Sigue enfadado aún?

—¿Cómo no voy a estarlo? En esa maldita convención de Sidney había un hatajo de imbéciles que no prestaron la atención debida a mis teorías.

—Cuando supe por el sobrecargo que usted estaba a bordo, me sorprendí, lo reconozco. Entonces pensé que usted se había salido

con la suya.

—Así ha sido. Voy con ustedes.

—¿Entonces convenció a la Corporación Divo's?

—No exactamente. Digamos que el ISA obligó a la corporación a aceptarme. ¡Qué se creían esos civiles! Se creen los dueños del espacio, de todos los planetas del Sistema.

—Yo le escuché con atención, profesor. Enseguida consideré la conveniencia de que usted debía venir con nosotros.

—Pues no me apoyó demasiado entonces, joven —dijo el profesor con ironía.

—¿Qué podía hacer? Aún no me habían nombrado comandante de la expedición. Se barajaban varios nombres y la corporación Divo's tenía su nombre secreto para el proyecto Goliat. Igual que en su caso, el ISA tuvo que mostrarse fuerte para que yo fuera elegido.

—Entonces le perdono y le pagaré su copa de coñac —rio White cuando la camarera depositó delante de De Mars el *brandy*.

El capitán bebió un sorbo. Paseó la mirada por el comedor de la nave Gadir con destino a Marte. Se estaban quedando solos y las luces fueron disminuyendo. Los pasajeros se retiraban. Había sido programado para aquella noche artificial un baile presidido por la capitán del Gadir para celebrar la inminente terminación de la travesía.

—No comprendo cómo no le vi embarcar en la Tierra, profesor.

—Lo hice en la Luna. Aproveché el enlace. Me enviaron un mensaje de la Tierra justo a tiempo para subir en la lanzadera. Me encontraba en las instalaciones telescópicas de Copérnico.

—¿Vigilando a su intruso? —sonrió el capitán.

—Claro. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Cuando me marché de Sidney salí para la Luna. Allí me esperaba el telescopio reflector mejor del Sistema, con sus siete metros de diámetro y sin atmósfera que estorbe. Han sido unas semanas interesantes, que han corroborado todos mis estudios primarios efectuados en la Tierra.

—¿Entonces ese extraño cuerpo llegará a la cita en el momento preciso?

—Sin lugar a dudas, amigo mío. Hace cinco meses no podía efectuar el paralaje porque ese cuerpo se encontraba a más de cuatrocientos años luz. Mis colegas y yo usamos el efecto Doppler, naturalmente, y determinamos que su distancia con respecto a

nuestro Sol era de ochocientos años luz. Veinticinco días más tarde el astro, que bautizamos como Fugaz, solo estaba ya a seiscientos. ¡Su espectro avanzaba hacia el azul a una velocidad increíble!

—¿Incluso anticientífica?

—No diría tanto. Al mes siguiente Fugaz estaba a seiscientos y cada día realizábamos su paralaje casi con exactitud. Desde entonces hemos seguido su rastro.

—En la convención muchos pensaron que usted era un alarmista que pretendía provocar un pánico en la Tierra, anunciando un cataclismo estelar a causa de la llegada de Fugaz al Sistema.

—Bah, dije claramente que Fugaz pasaría muy cerca de Plutón cuando solicité que un equipo científico apropiado compuesto por personas que habíamos descubierto la presencia de ese cuerpo, debía pertenecer al proyecto Goliat.

—Un equipo que se ha quedado limitado a usted —sonrió De Mars bebiendo el resto del coñac. Hubiera pedido otra copa, pero se contuvo. Cuando descendieran en Marte el licor sería prohibitivo a causa de su precio.

—Así es —suspiró el profesor—. Yo tendré que ser el único que observará el paso de Fugaz cuando lleguemos a las proximidades de Plutón. Será algo interesante, único.

—Lo comprendo.

El profesor negó con la cabeza.

—No, mi amigo. No se ofenda, pero me temo que usted no puede comprenderlo. ¿Se imagina un cuerpo sideral mayor que la Luna que viaja a velocidad muy superior a la de la luz? ¿De qué se trata? Si consigo estudiarlo cuando esté a medio millón de kilómetros podremos conocer algunos secretos del Universo. Incluso podríamos descubrir el medio de viajar a las estrellas más rápidos que la luz. Se acabaría para siempre el encierro del hombre en el Sistema Solar.

—Corre un poco, profesor. Este será el primer intento serio de explorar los planetas mayores, de llegar al límite del Sistema.

—Oh, capitán, no se incomode conmigo. Sé que la exploración de Plutón es algo muy importante también. Ese es un planeta misterioso, desconocido. ¿De qué está formado? ¿Siempre perteneció al Sistema Solar o fue atrapado hace millones de años?

—¿Me comprende? Era preciso aprovechar la oportunidad única.

No solo es vital conocer la configuración de Plutón y arañar por primera vez las posibilidades de alcanzar las estrellas, sino que vamos a tener a nuestro alcance un cuerpo procedente, tal vez, del centro de la galaxia. Nosotros estamos en el borde de la Vía Láctea y Fugaz puede traernos algo desconocido que nos puede revelar lo que es el núcleo donde nacieron todas las estrellas de nuestra galaxia.

—Ciertamente, profesor, no comprendo cómo la Corporación Divo's se opuso a la petición de acompañarnos. Si ellos dicen que llevan ocho años luchando por la expansión planetaria es incongruente tal postura.

El profesor hizo un gesto de asco.

—Conocí al padre de Jean Divo y puedo afirmar que su hijo es tan ruin e introvertido como su progenitor. Ese tipo es extraño, capitán.

—Pero promovió un súbito interés por la exploración del Sistema cuando todo estaba aletargado. Antes de que fundara la corporación no se había sobrepasado Marte. Y hoy disponemos de una magnífica base en Ganímedes.

—Lo sé. Esa base la han construido ellos solos, sin ayuda mínima del ISA, y esto es, precisamente, lo que me aterra.

—No sé qué quiere decir.

—Que la iniciativa pública no debe estar en manos de financieros o entidades privadas. El peligro de las multinacionales del siglo pasado puede volver con mayor encono si no se le pone una sólida barrera a las ambiciones de las compañías monopolizadoras.

De Mars emitió una risita.

—Los rumores son que Jean Divo está loco, que derrocha sus fabulosos medios en un pozo sin fondo. Por ejemplo, viajamos en una nave construida por su filial que explota una línea comercial Marte-Tierra que obviamente es deficitaria.

El profesor echó una mirada despectiva a las pocas parejas y grupos que quedaban en el comedor.

—Turistas. Pagan verdaderas fortunas por viajar a Marte, pasar allí unos días horribles y luego poder alardear entre sus amigos. Marte necesita colonos, gente que trabaje en ese planeta que podemos terraformar. ¡Pero empezando ya, no dejándolo todo para

mañana! No hay mucho sitio adonde el hombre puede ir y vivir fuera de sus cúpulas en el Sistema Solar, muchacho.

—Tal vez sea Titán.

—Sí, tal vez. Titán posee una atmósfera similar a la terrestre, e incluso su temperatura no es tan baja como antes se pensaba, gracias al calor de Saturno. ¿Pero cuándo se irá a Titán? Si no fuera porque el viaje a Plutón me ofrece la inapreciable oportunidad de observar el paso de Fugaz, me habría opuesto a este despilfarro enorme. Sí, capitán, en Titán podemos encontrar una segunda Tierra, o al menos algo muy parecido que con escaso esfuerzo podríamos reformar en un hogar para el Hombre.

—Solo nos queda un día de viaje, profesor —dijo De Mars—. Prometí a la capitán O'Connors que le saludaría en el baile y es la hora. ¿No asistirá?

—¡Por supuesto que no! Iré a mi camarote y trabajaré un poco antes de quedarme dormido. Por suerte hasta allí no llegará la música.

De Mars se levantó.

—Entonces espero que mañana me permitirá invitarle a mi mesa durante el almuerzo. Me gustará mucho discutir con usted algunos temas.

—Seguro —rio el profesor—. Vaya, vaya. La capitán O'Connors, estoy seguro, le esperará impaciente. Y usted querrá estar a su lado, a la vera de tan linda capitán. ¡Mujeres mandando naves planetarias, bah!

El capitán saludó y se alejó del profesor. Cuando estuvo seguro de que no le veía, sonrió ampliamente. El viejo era agradable, pero un poco agrio. De todas formas iba a tenerle con él durante varios meses y debían ser amigos. En un viaje largo no se podía sentir antipatía por nadie.

Pensó en la capitán del Gadir. Seguro que a ella sí que le gustaría tenerla como segundo de a bordo en la gran nave que les esperaba anclada a Deimos, el misterioso satélite artificial de Marte.

Caminó por el desierto pasillo. Tenía que subir hasta el siguiente nivel para llegar a la sala de baile, que también servía como gimnasio.

La Corporación Divo's tenía, siempre lo tuvo, un profundo interés en alcanzar el límite del Sistema Solar. Desde que reanudó

sus actividades espaciales todos sus proyectos parecían estar concebidos para alcanzar tal fin. Incluso el colosal esfuerzo realizado por instalar una base de tránsito en Ganímedes estaba encaminado para facilitar el largo viaje de la gran nave al helado planeta.

De Mars se detuvo. Sorprendentemente no conocía el nombre de la nave construida en cooperación por la Divo's y el ISA. Solo sabía que el proyecto se denominaba Goliat porque iba a explorar los planetas mayores y la unidad planetaria por las siglas DIP Uno. Pero una nave tan importante debía tener un nombre.

Caminaba distraído y no vio a la persona que se dirigía en dirección contraria a la de él. Cuando llegó a su altura no tuvo tiempo de eludir el golpe. Solo pudo levantar el brazo para protegerse, pero algo duro golpeó su cabeza y se tambaleó medio inconsciente.

Retrocedió y en medio de una neblina gris percibió que el agresor alzaba de nuevo contra él una especie de maza.

Cuando recobró el conocimiento le dolía terriblemente la cabeza. Se hallaba tumbado sobre algo frío y bruñido. Era metal. Palpó con las manos la curvatura y en medio de la penumbra comprobó que estaba metido en algo redondo, como en un gran tubo.

Una pequeña luz penetraba por detrás de él. Con dificultad consiguió ponerse en dirección contraria y se arrastró hacia la luminosidad.

Antes de llegar a la cerrada puerta de acero circular ya sabía dónde estaba. Era una salida de emergencia de la nave. En el centro de la puerta había un ojo de buey de unos doce centímetros de diámetro. Estaba protegido por triple cristal y a través de él penetraba la tenue luz procedente de un pasillo.

De Mars jadeó. Así que le habían golpeado y metido allí.

Adelantó las manos y buscó la manija. No la encontró y comenzó a ponerse nervioso.

Súbitamente, inundó su mente una aterradora conclusión.

No podría salir de allí por sí solo. Únicamente podría esperar que le ayudasen del exterior.

¿Cuánto tiempo tenía que pasar para que le echasen en falta y le buscaran?

Pero un nuevo conocimiento le produjo más desesperación.

El aire en la esclusa de emergencia estaba faltando. Debió haberlo pensado desde el principio. No se trataba de una cámara de salida normal, sino de una especie de tobogán para el caso de grave accidente de la nave en el espacio.

Si la tripulación y pasaje debían abandonar el navío, aquel era un medio rápido para dirigirse a los botes salvavidas anclados en el fuselaje.

Pero era un camino sin retorno. Al otro lado del tobogán debía existir una puerta que comunicaba con un bote. Pero esta puerta solo se abriría en caso de alarma.

De todas formas, De Mars se contorsionó para adentrarse en el tobogán. Debía intentar alcanzar el bote. Allí habría un comunicador por el cual pedir ayuda. Y aire, suficiente aire para vivir hasta que llegasen a Marte.

La siguiente compuerta estaba a cinco metros y tal distancia le pareció a Roger como cinco kilómetros.

La decepción le hizo lanzar un juramento.

La abertura de la compuerta era automática. Solo en caso de emergencia, como había temido.

De nuevo retornó, esta vez con más dificultad, a la esclusa del pasillo.

Solo le quedaba la esperanza de golpear en ella y confiar que alguien le escuchara antes de unos diez o doce minutos, que era el tiempo que calculaba le quedaba de aire.

Pero en aquellos momentos se celebraba el maldito baile, y todo el mundo estaría divirtiéndose en grande, con ruidos y risas por todas partes. Y para colmo, en la Gadir viajaban docenas de escandalosos turistas rabiosos por divertirse.

Se acercó al ojo de buey cuanto pudo, atisbando al otro lado. El grosor de los tres cristales apenas le permitía ver algo borroso. Vio pasar unas figuras tambaleantes, seguramente participantes de la fiesta y muy bebidos.

Con la hebilla de su cinturón golpeó sobre el acero. Las personas se alejaron sin oírle.

De Mars respiraba con la boca abierta. El aire de la esclusa se estaba acabando más rápidamente de lo que había pensado, cosa natural, ya que él con sus violentos ejercicios, estaba

consumiéndolo a gran velocidad.

De nuevo pasó una sombra delante de sus cansados ojos.

Golpeó con furia con la hebilla y la otra mano. No notó la sangre que empezó a manar de los nudillos.

Lanzó un ronquido y bajó la cabeza. El zumbido que le taladraba la cabeza era insoportable. Casi inconscientemente, siguió golpeando, hasta que todo el contorno se le borró.

Miró a la chica que estaba inclinada sobre él. Se sentía mareado, pero por suerte el dolor de cabeza había desaparecido, y la sensación que tenía de que iba a estallarle se había esfumado.

—¿Quién es usted? —preguntó a la chica.

—Vaya, me alegra oírle. Me llamo Carol Vogt y le saqué de la esclusa cuando me dirigía a la fiesta. Me llamaron la atención esos golpecitos en la compuerta.

—¿Dónde estoy?

—En mi camarote.

—¿Por qué aquí? Debió dejar que me llevaran a la enfermería…

—Le traje yo sola.

—No es posible.

—Me ayudé con un carro de ropa sucia —rio Carol, y señaló el artilugio en un rincón de su pequeño habitáculo.

—Pues no lo comprendo —dijo De Mars, sentándose en la litera. Aspiró el perfume. Olía bien. ¿A rosas o a lavanda?

—Vamos, capitán De Mars, no finja conmigo. Yo creo que no le interesa dar parte de lo sucedido. Un intento de asesinato contra usted no sería bueno para el proyecto Goliat.

—Me conoce.

—Claro. Le he estado observando estos días. Incluso estaba en el comedor hasta que se despidió del profesor White. Cuando salí de allí para dirigirme a la fiesta le descubrí ahogándose en la esclusa.

—¿Por qué piensa que han tratado de matarme?

—¿Qué otra cosa ha podido ser? Nadie puede encerrarse por dentro, ¿no? Claro que si quiere ir a decírselo a la capitán O'Connors…

—Lo pensaré.

—Haga lo que quiera, pero yo en su lugar no lo haría. La

comisión mixta, la perteneciente a Divo's, del proyecto Goliat podría insistir en que usted sea relevado por el segundo jefe de la expedición, el capitán Larry Symes. A Symes siempre quiso ponerle Jean Divo al frente del DIP Uno.

De Mars abrió la boca.

—Usted sabe muchas cosas. Me ha dicho su nombre, pero no cuál es su profesión.

—Pues debería estar claro; soy periodista de la Cadena Triplaneta y viajo a Marte para cubrir la partida de la expedición a Plutón.

—Pues es lo que faltaba, que lo sucedido esté en manos de las cadenas de televisión de tres mundos —masculló Roger levantándose.

—No es precisamente usted muy agradecido que digamos. Le he salvado la vida y solo me muestra su enfado —dijo Carol haciendo un mohín de contrariedad.

Roger se esforzó por sonreír.

—Lo siento de veras. Pero no me gustan los periodistas. En cambio usted, como persona me complace. ¿Podría invitarla a una copa?

—¿Resistiría el tumulto de la fiesta con el dolor de cabeza? Aunque le di un calmante mientras estaba inconsciente, no debe darse mucho jaleo.

—Me refería a mi camarote. Allí tengo una botella de *whisky* que pensaba entrar de contrabando en Marte.

Carol mostró su hilaridad soltando una carcajada.

—Sí, ya está restablecido. Y será mejor que no intente pasar la aduana de Marte con una botella de licor. Ni por mucho capitán que sea del ISA tendrán consideración con usted.

—Entonces nos la beberemos.

Salieron del camarote y De Mars tomó a la chica por la cintura. Se cruzaron con algunos alegres pasajeros con varias copas de más. Roger no pudo evitar estremecerse al pensar que cualquiera a bordo de la nave le había atacado poco antes.

¿Por qué?, se preguntó insistentemente, mientras caminaba junto a Carol, que le hablaba, y él apenas escuchaba.

CAPÍTULO III

La capitán O'Connors le despidió con cierto disgusto en el tono de su voz.

—Espero llevarte a la Tierra cuando regreses, capitán. ¿Cuándo volverás de Plutón?

De Mars rehuyó su mirada. Había pasado los dos días que faltaban en íntima compañía con Carol Vogt, olvidando por completo a la hermosa capitana del Gadir.

—Calculo que seis meses, preciosa. Te juro que incluso me quedaré en Marte un año, con tal de esperar que sea tu nave la que me devuelva a la Tierra.

O'Connors rio un poco nerviosamente. Estrechó la mano de Roger y se encogió de hombros cuando vio a Carol acercarse a ellos.

—Bueno, hasta la vista. Y suerte, Roger.

Se alejó de la salida para dejar paso a un grupo de turistas. Roger cogió de la mano a Carol y ambos se deslizaron por el tubo de salida que directamente les conduciría al vehículo hermético que debía llevarlos a Mars Tres.

Una vez sentados, casi en el fondo del largo vehículo, Carol dijo:

—¿Una vieja amiga?

—¿A quién te refieres?

—No te hagas el tonto. A la capitán, por supuesto.

—Ambos estudiamos en la academia, pero ella eligió la línea comercial, mientras que yo permanecí en la Flota después de terminar el periodo obligatorio de permanencia en filas: Es una buena chica.

—Sus ademanes son masculinos.

—¿Celosa?

—¡Qué tontería! —Carol miró preocupada a Roger—. ¿Notaste algo extraño en algún pasajero o tripulante desde ayer?

Roger negó con la cabeza.

—No. Si hubo un asesino lo disimula perfectamente.

—¿Es que aún dudas de que hayan intentado matarte?

—Es imposible estar seguro. Había mucha gente bebida a causa de la fiesta. ¿Por qué no podría tratarse de un loco que me golpeó, creyó haberme matado y me colocó en el tobogán?

—¿Para simular un accidente? —Carol se mostró incrédula—. Desde allí no podría hacer desaparecer tu cadáver.

—Pero tal vez me ocultó porque alguien llegaba por el pasillo. Es posible que pensara regresar más tarde, durante el periodo de descanso, y entonces sacarme y echarme al espacio por una cámara manual.

Carol se alzó de hombros.

—No está mal tu conjetura.

—Bien, olvidemos por ahora eso —Roger miró al exterior del vehículo, que flotando a diez metros de la anaranjada superficie de Marte, se deslizaba sobre un colchón de aire hacia la ciudad Mars Tres—. Hemos viajado durante veinte días. ¿Por qué esperó hasta el último momento para atacarme?

—Dijiste que dejásemos ese tema —le recordó Carol estampándole un sonoro beso—. Tal vez porque no quería dar tiempo a que los oficiales del Gadir hiciesen muchas investigaciones a bordo…

—De todas formas, las habrían hecho las autoridades de Marte.

—Pero sin tu cuerpo como evidencia… se te daría por desaparecido, y nada más. A veces los pasajeros cometen imprudencias. No es el primero que se ha visto lanzado al espacio por meterse donde no le llaman.

—Bah, pero eso no es aplicable a un oficial espacial como yo.

—De todas formas hiciste bien no dando parte.

—Pero lo haré aquí, en Marte. No a las autoridades locales, sino al comité del ISA y a mis compañeros de expedición.

—¿Se lo dijiste al profesor White?

—No le volví a ver desde la otra noche. Y no está en este vehículo.

—Seguramente tomó el que salió antes o aún está terminando su equipaje. Por cierto, cariño, ¿dónde estarás estos días, hasta que llegue el momento de la partida?

—En Mars Tres. Nos alojarán a todos juntos en un edificio del

ISA. Allí cambiaremos planes y ultimaremos los preparativos. Calculo que la partida será dentro de tres días.

—Bien, yo me alojaré en el hotel Syrtis Mayor. Te llamaré para decirte el número de mi habitación.

Roger la tomó de las manos y mirándola fijamente, dijo:

—Carol, eres una chica magnífica y lo he pasado contigo estupendamente. Tanto que te prometo que intentaré durante estos tres días volver a tener una cita; pero me sentiré más feliz sabiendo que no te sientes obligada a corresponderme sexualmente a cambio de ciertos informes del proyecto Goliat…

Ella le puso un dedo sobre los labios, haciéndole callar.

—Me ofendes, cariño. Dispongo de tantos datos sobre el proyecto que no preciso de tus confidencias. ¿Resultas tan modesto que no admites que sencillamente me gustas?

Roger soltó una carcajada y la abrazó.

Algunos pasajeros volvieron las miradas y alguno silbó.

Luego volvieron a prestar atención al reseco paisaje que pasaba a sus lados.

—Por cierto, hoy estaré ocupado todo el día. Tendré que revisar los partes acumulados durante varias semanas, revisarlo todo y dar el visto bueno a los embarques —dijo De Mars.

—Yo también tendré trabajo, cariño. ¿Qué te creías? Me espera un equipo completo de retransmisión. Han puesto a mi disposición los medios más sofisticados para que las noticias lleguen perfectamente no solo a las demás ciudades de Marte, sino a la Tierra y Venus.

—Vaya, será todo un acontecimiento la partida. ¿Estás segura de que el proyecto Goliat despierta tanto interés?

—Desde luego. Segun ha prometido la Corporación Divo's, este es el comienzo de una nueva era. Al parecer, para alcanzar las estrellas es preciso llegar a Plutón, ¿no?

—Exactamente, no. Una nave apropiada puede partir de cualquier planeta de los menores en dirección a Alfa del Centauro, cuando se logre que viaje a una velocidad aproximada a la de la luz.

—No me gustaría que tú fueras en un viaje semejante.

—¿Por qué?

—Son 4.3 años luz para la ida, y otros tantos para el regreso, además de los meses de estancia. No, cariño. Cuando volvieras tú

solo habrías envejecido un año escaso y yo tendría diez más. ¡Empezaría a tener arrugas!

La carretera hacía una curva pronunciada para eludir unos escarpados montes, y por unos minutos De Mars pudo observar el astropuerto.

El Gadir estaba anclado junto a una alta torre que aún mostraba actividad a su alrededor. Se preguntó si su equipaje iba en el vehículo o se lo enviarían más tarde a la residencia.

Detrás del Gadir estaban otras naves, casi una decena.

Una de ellas estaba a punto de partir en dirección a Ganímedes. Era un enorme carguero y lucía en su fuselaje las insignias de Divo's y del ISA. Probablemente llevaría vituallas y repuestos a la base construida en el satélite de Júpiter totalmente por el magnate Jean Divo.

Volvió a doblarse la carretera y ya tenía enfrente la gran cúpula de Mars Tres, junto a las dos más pequeñas que se construyeron inicialmente.

La Corporación Divo's había iniciado hace dos años la terraformación de Marte, instalando enormes plantas productoras de oxígeno, pero aún debía transcurrir un siglo antes de que en Marte pudieran los humanos pasearse por los desiertos y oasis sin los respiradores.

En Marte existía vida, pero muy rudimentaria. Lo más abundante eran los lagartos, de cuerpo hinchado y algunas arañas. Quizás esos bichos estaban condenados a perecer a causa del aumento de presión de la tenue atmósfera.

El vehículo penetró en la gran esclusa, y detrás de ellos se cerró la compuerta. Delante había otro camión más. Esperaron unos minutos hasta que la presión quedó restablecida.

Entonces se abrió la segunda compuerta, y los vehículos penetraron en la cúpula. Carol se apeó primero, al detenerse el vehículo cerca del hotel. Ella le besó y le hizo prometer que la llamaría tan pronto como pudiera.

La residencia del proyecto estaba al otro extremo de la cúpula, cerca de una de las pequeñas. Allí bajó solo De Mars, cuando él ya era el único pasajero.

Un hombre alto y atlético que caminó ágilmente y con voluptuosidad gracias a la baja gravedad, corrió hasta él. Le tendió

la mano, pero sus ojos eran fríos cuando dijo sin ninguna clase de entonación:

—Bienvenido a Mars Tres, capitán De Mars.

—¿El capitán Larry Symes? —preguntó Roger estrechando una mano grande y fuerte.

—Sí, soy yo. Ignoraba que me conociera.

—He visto fotografías suyas. ¿Puedo llamarle Larry?

—Supongo que en privado, sí. Pero ya conoce el reglamento de vuelos.

—Oh, no lo he olvidado. ¿Qué tal todo?

—Creo que a punto, Roger. Tanto que podríamos partir hoy mismo si no fuera porque tenemos que esperar al señor Divo.

—¿Divo? ¿Es que va a venir aquí? —preguntó Roger mientras se dirigían al interior de la residencia.

—Sí. Fletó una nave pequeña expresamente para él y algunos de sus colaboradores. Llegará pasado mañana. Por nada del mundo se perdería la partida del Visitante.

—Pienso que el Visitante es el DIP Uno. Por el viaje me preguntaba cuál iba a ser su nombre. ¿Quién tuvo esa ocurrencia?

—Divo, por supuesto.

—Es un nombre como otro cualquiera.

—Pasa por aquí, Roger. Te presentaré a la tripulación.

Le indicó una puerta. Al otro lado se escuchaban murmullos de voces y alguna discusión. Roger se preguntó cuántos antiguos excamaradas de la academia integrarían la tripulación.

Se detuvo antes de empujar la puerta.

—¿Llegó el profesor Ray White en el vehículo que nos precedía?

—Sí, Pero…

—¿Qué sucede? —preguntó intranquilo Roger al notar un titubeo en Larry.

—Sufrió un lamentable accidente cuando bajó del transporte. Pero no es nada importante. Una simple rotura, según me han dicho. Lo hospitalizaron hace unos minutos.

Roger sintió un vacío desagradable en el estómago.

—No podrá venir con nosotros, claro —murmuró.

—Seguramente, no. Sería una locura. Sobra, por lo tanto, un sitio.

—Es posible que sea ocupado pronto. Vamos a ver a los chicos.

—¡Condenación, muchacho! —exclamó White golpeando la pierna escayolada—. Esta maldita pata se me partió en el peor momento.

—¿Cómo sucedió, profesor? —preguntó Roger.

—¿Qué importa eso? La culpa fue mía por mezclarme con ese hatajo de turistas. Los que se dirigían a la segunda cúpula aún venían conmigo y uno de ellos creyó que la residencia del proyecto era su hotel e intentó bajar al mismo tiempo que yo. Me empujó, el muy cretino.

—Lo siento, profesor.

—¿Dice que lo siente? Esto es una catástrofe, la hecatombe. ¿Quién observará la llegada de Fugaz, su paso cerca de Plutón y alejamiento de nuestro Sistema?

—Enviarán a alguien competente en su lugar.

—Oh, seguro que los hay. Incluso aquí en Marte. Sé de varios discípulos míos que podrían cubrir mi puesto con eficacia. Pero ¿sabes quién me reemplazará? Lo he sabido hace unas horas, cuando me han visitado mis colegas del observatorio de Mars Dos. Se trata de un imbécil a sueldo de la Divo's, que ni siquiera sé quién es ni a qué universidad asistió. He hablado por radio con el director del ISA en Mars Uno y me ha respondido que él no puede hacer nada al respecto, que todo está decidido.

—La Corporación Divo's nunca pareció muy contenta teniéndole a usted a bordo del Visitante.

—Estás poniendo el dedo en la llaga, muchacho —dijo el viejo apuntándole con su índice—. Ellos querían apartarme del proyecto y lo han conseguido. ¡Seguro que pagaron a ese turista escandinavo para que me empujara!

White calló y se quedó mirando fijamente a Roger. Abrió la boca y preguntó sorprendido:

—¿Es que no me dices nada?

—¿Qué debo decirle?

—Demonios, a todos cuantos les he dicho que esto ha sido un atentado contra la ciencia y contra mí se han reído o han disimulado difícilmente sus risas, pensando que estoy chiflado. ¿Por qué no te ríes tú?

Roger resopló y contó al viejo lo que él había sufrido en el tobogán de emergencia del Gadir.

—Intentaron matarte —musitó el profesor.

—Eso parece. Carol Vogt está segura, pero insiste en que no hable. Usted es el primero en saberlo y le pido que no lo divulgue.

—¿Tampoco se lo has dicho al director del ISA ni a tus compañeros de viaje?

—No, tampoco. Esta mañana los saludé a todos y preferí callarme.

—¿Por qué?

—Ninguno de ellos es conocido mío. Cuando salí de la Tierra desconocía la lista, pero siempre supuse que entre los veintidós hombres habría alguno conocido por mí, antiguo compañero de la academia.

—Apuesto mi otra pierna a que son empleados de Divo's.

—No llega la confabulación hasta tal extremo, profesor —rio amargamente Roger—. Larry Symes siempre perteneció al ISA. Seis de los hombres también están a las órdenes de la administración. Pero el resto son asalariados de Divo's o recientemente incorporados.

—De todas formas deberías hablar con Vargas, el director del ISA en Marte.

—Sí, tal vez lo haga mañana cuando llegue a Mars Tres para recibir a Jean Divo. Esperaré a encontrarme a solas con él.

—Pues mientras tanto ten cuidado.

—Lo tendré —dijo Roger levantándose—. Me marcho, profesor. Intentaré verle antes de partir hacia Deimos. Aún no he deshecho el equipaje. Supongo que me lo encontraré en mi habitación cuando llegue a la residencia.

—Adiós, hijo —replicó el profesor mirando hacia la ventana distraídamente—. No te olvides de venir a despedirte. Ah, y preséntame a esa chica que te salvó la vida. Me imagino que será preciosa.

—Lo es —rio Roger saliendo de la habitación del hospital. Salió al exterior y montó en el pequeño coche eléctrico que había pedido prestado para dirigirse al hospital situado en el subsuelo de la segunda cúpula.

Se quedó unos minutos sentado delante del volante, meditando. Desde hacía dos días estaban sucediendo cosas extrañas. A él habían intentado asesinarle, si descartaba la inverosímil teoría de que un

turista borracho le agrediera sin justificación alguna. Y al profesor le habían quitado del proyecto, provocando un estúpido accidente.

Movió la cabeza. Si tuviera tiempo investigaría la identidad del turista. En una ciudad controlada como Mars Tres no sería difícil. Pero tendría que hacerlo con sigilo, sin despertar sospechas. Pensó en Carol. Se lo contaría todo y le pediría que le comunicase quién fue el que empujó a White.

Roger apretó el botón de contacto.

Encontró cierta resistencia y se agachó para asegurarse de que no estaba pulsando otro equivocado. Volvió a apretar.

La cegadora explosión lo lanzó a un lado del coche. Algo le quemó la cara y por unos segundos la bola de fuego pareció engullirle.

Luego escuchó voces, gritos y algunas personas corriendo.

Sobre su cabeza pasó algo frío y blanco.

Empezó a sentir dolor cuando se sintió cogido por varias manos, colocado sobre algo blando y notó que era llevado a alguna parte.

No veía nada y no sabía si tenía los ojos cerrados.

CAPÍTULO IV

Roger De Mars presenció la partida del Visitante por televisión. Carol Vogt estaba dirigiendo un magnífico trabajo. Las diversas cámaras instaladas en Deimos y en tres vehículos ligeros captaban los más importantes ángulos.

La retransmisión comenzó una hora antes de la partida y hubo un momento en que Deimos volvió a adelantar a Fobos. Entonces las cámaras recogieron unos planos de la nave gemela a la Visitante, anclada en el menor de los dos satélites marcianos y aún sin nombre.

Fobos se quedó atrás y Deimos prosiguió su veloz carrera.

Los humanos habían aprovechado en parte las antiquísimas instalaciones del misterioso satélite que en el siglo XX ya se presumía fuera artificial, colocado en cercana órbita de Marte por una desaparecida civilización marciana o quizás por otros visitantes de las estrellas que por algún tiempo se instalaron en el cuarto planeta.

El Visitante era una nave grande, con casi doscientos metros de eslora, formada con dos cuerpos paralelos en su mayor parte y otro más pequeño central en donde iba alojada la tripulación.

Su impulsión protoplásmica le permitiría adquirir una velocidad cercana a la centésima parte de la luz, por lo que tardaría unos sesenta días en llegar a la órbita de Plutón.

La voz cálida de Carol anunció que solo faltaban segundos para el comienzo de la gran aventura de la Humanidad.

Roger encendió un cigarrillo y fumó nerviosamente. A bordo del Visitante y en el módulo de mando debía estar él, comprobando en aquellos momentos los indicadores, con un pequeño nudo en la garganta y reprimiendo sus emociones, y también, por supuesto, dedicando un saludo mental a Carol.

Pero no era así. Estaba en una habitación del hospital, en

compañía de White, que aquel día había conseguido permiso para estar con Roger viendo en el televisor el acontecimiento del siglo.

Carol anunció la partida y la pantalla mostró la nave despegándose suavemente de la superficie caótica y vieja de Deimos. Las unidades con las cámaras móviles se pusieron en marcha. Durante varios kilómetros seguirían a la Vigilante la cual iba adquiriendo velocidad paulatinamente.

Minutos después, solo era visible un rastro de fuego. Carol siguió comentando parte de la historia del proyecto Goliat, pero Roger no la escuchaba. Pulsó el mando a distancia y la pantalla quedó oscura.

El profesor White hizo mover su silla de ruedas y se situó delante de Roger, que seguía fumando en silencio.

—Al menos por el humo sé dónde tienes la boca. Temía que te la hubieran vendado también, muchacho. ¿No te parece que estás demasiado callado? —dijo ásperamente el profesor.

—No estamos muy alegres precisamente, profesor —rezongó Roger.

Tenía casi toda la cara vendada. Al menos había tenido la suerte de no perder la visión, pero las quemaduras eran serias. El jefe del hospital le había dicho que sería operado dentro de dos días y quedaría tan atractivo como siempre. Pero lo dijo con una sonrisa nerviosa y Roger no le creyó plenamente.

Al día siguiente de la explosión, veinticuatro horas más tarde y antes de la partida del Visitante, el jefe de seguridad de Mars Tres le visitó. Cuando Roger le preguntó por la causa de la explosión, el jefe le replicó que esta estaba siendo estudiada por los especialistas, pero que le habían adelantado que todo se debió a una sobrecarga de los acumuladores.

Roger estuvo a punto de mandarlo al diablo, pero estaba demasiado irritado para enfadarse más, y se limitó a asentir. El jefe notó sus pocos deseos de hablar y se despidió.

Cuando se dirigía hacia la salida, Roger le gritó:

—Deseo ver al señor Vargas.

—Pues… Bueno, le pasaré su mensaje, pero le advierto que estos días está muy ocupado atendiendo al señor Divo.

—Comprendo —masculló Roger.

Se sintió terriblemente mal, despechado. Solo sus viejos conocidos de la tripulación estuvieron a verle. A última hora le

visitó el capitán Larry Symes, quien torpemente lamentó tener que ocupar su puesto en tales circunstancias.

Solo la presencia de Carol le infundió algo de ánimos, pese a que la chica estuvo varias veces a punto de llorar. Ella lamentó que estuviera tan metida en el trabajo. Habló de las unidades de filmación y de los problemas que había que solucionar a última hora. Roger fue quien terminó animándola y le pidió que le enviara un buen reportaje.

Carol se abrazó a él y le besó, pero Roger rio y comentó que los besos los estaban recibiendo las vendas.

Ahora todo había terminado. La Visitante había desaparecido del espacio marciano con dirección a Ganímedes, su primera y última escala hasta el misterioso Plutón.

Se llevó la mano a la cara, tapándose con las vendas y el plástico protector. Aplastó el cigarrillo y buscó otro. Escuchó decir al profesor:

—Ellos no podrán negarse a que la segunda expedición sea nuestra, muchacho.

—¿Eh? ¿Qué dice, profesor?

—Estás pensando en otra cosa. Decía que el DIP Dos nos espera en Fobos, ya lo has visto. Y Jean Divo estará muy lejos para impedirnos subir a bordo. Antes de dos meses estaremos como nuevos. ¡Y te juro por las estrellas que no permitiremos que el ISA se doblegue ante los caprichos de los ejecutivos de la Corporación Divo's!

—Jean Divo pidió la plaza vacante para él —murmuró Roger—. Nadie pudo impedírselo cuando presentó sus títulos. Diablos, si quería embarcar en la expedición, ¿por qué no lo planteó hace años?

El profesor movió la cabeza.

—Es sencillo. Entonces habría provocado comentarios.

Ahora, en los límites del momento de la partida cogió a todo el mundo por sorpresa y nadie fue capaz de reaccionar. Seguro que ahora muchos botarates se preguntan qué se propone realmente ese millonario caprichoso.

—¿Y usted intuye algo?

—Nada en absoluto, por desgracia. Tengo un montón de contradicciones en la cabeza —lanzó un sonoro suspiro—.

Muchacho, mañana me largo al observatorio. Allí, entre colegas decentes permaneceré junto a los receptores que conectan con la Visitante. Me tendré que conformar con los informes de ese cretino que me ha sustituido.

Roger no pudo reprimir una sonrisa.

—Tendrá que armarse de paciencia, profesor. Cada día que pase la comunicación será más lenta, hasta que cada respuesta llegue a tardar casi seis horas cuando la nave esté en Plutón…

—Confío que mis colegas sabrán soportarme con mi cojera. Ese medicucho dice que tardaré casi un mes en poder andar —gruñó el profesor.

Roger asintió. Recordó que él sería operado pronto.

Carol pasó sus dedos por el rostro de Roger. Él se apartó y ella le dirigió una sonrisa irónica.

—¿Sabes que te han dejado más interesante? —comentó.

—Es una cicatriz horrible —repuso Roger, esperando pacientemente que la luz le indicase que podía seguir avanzando por la esclusa.

Se hallaban dentro de un vehículo, con el cual habían ido desde Mars Tres hasta la cúpula del observatorio. Fue un viaje de casi doscientos kilómetros en los que emplearon casi tres horas. La carretera aún no estaba terminada y tuvieron que cruzar desiertos de color naranja salpicado de montículos y cráteres. Solo descubrieron ligeros núcleos de verdor, primeros indicios de que el proceso de terraformación daba sus frutos.

Roger podía sentirse satisfecho con su rostro. Las graves quemaduras solo habían dejado una leve cicatriz desde la ceja derecha hasta la barbilla. Pero le habían dicho que una nueva operación en la Tierra le devolvería su anterior aspecto.

La luz verde se encendió y Roger puso en movimiento el vehículo cuando la esclusa siguiente se abrió. Al otro lado le esperaba el profesor White. Apenas cojeaba y les sonrió al verles descender. Un hombre ligeramente obeso le acompañaba y White se lo presentó.

—El doctor Laminsky. Doctor, estos son los amigos de quienes les hablé.

Laminsky sonrió mostrando una dentadura amarilla, mal cuidada. Dedicó una mirada profunda a la mujer y dijo:

—Su belleza, señorita, es algo que agradece este centro dedicado a ver las bellezas del Universo.

—Vamos, doctor. Será mejor que se calle, sus cumplidos son ordinarios —bramó White.

Carol les estrechó las manos, riendo.

—Pero tenga cuidado con ella, Laminsky, se trata de una reportera de televisión. Trabaja para la Triplaneta —añadió el profesor.

—Le prometo que no haré pública ninguna noticia que no desee —dijo Carol.

Cruzaron parte de las instalaciones, pasaron cerca del gran telescopio reflector y después de saludar a varios técnicos del centro entraron en una pequeña pero acogedora habitación. Allí les esperaba un hombre que estaba leyendo unos papeles cuando entraron.

—¡Señor Vargas! —exclamó Roger al reconocerlo.

—Sí, capitán. Me alegro de que se encuentre bien —dijo Vargas, saludándole con una inclinación de cabeza.

Roger se sentía confundido.

—Creí que se había olvidado de mí —dijo—. Sé que el jefe de seguridad le transmitió mi deseo de verle, pero al no hacerlo usted pensé que prefería olvidarme.

—Nada de eso, capitán De Mars. En aquel momento no convenía un cambio de impresiones con usted, posiblemente porque estaba su estado de ánimo muy acondicionado por lo sucedido. Ahora, transcurridos cuarenta días desde la partida del Visitante, podremos conversar extensamente.

—Y además, muchacho —intervino White—, durante estos días hemos reunido importantes datos en este centro.

—Así es —dijo Laminsky—. Este viejo impertinente nos ha traído locos, obligándonos a trabajar como locos. Pero pongámonos cómodos.

Se sentaron alrededor de una mesa de vidrio azul.

—El poder ejecutivo del ISA ha revisado todos los informes reunidos —dijo Vargas—. He mantenido largas conversaciones con la Tierra y discutido diversos puntos después de haber descubierto

asuntos muy sorprendentes.

—Me tiene en ascuas, señor Vargas —admitió Roger.

—Evidentemente, a usted intentaron matarle a bordo del Gadir, capitán. Pero no poseemos pruebas. En cambio logramos descubrir al turista nórdico, un tal Oleffson, que provocó la caída del profesor. Se trata de un tipo vulgar, que confesó haber recibido dinero por lesionar a White. Pero no tiene nada que ver con la capitán. Quien le atacó debió ser otra persona, aún no identificada.

—¿Quién pagó a Oleffson?

—Un alto ejecutivo de Divo's —dijo pausadamente Vargas—. Está detenido y no tardó en declarar que había recibido órdenes de Jean Divo.

—¿Es eso suficiente para detener a Divo? Vargas rio.

—Sí, cuando regrese. Y esa es una cuestión dudosa.

—Señor Vargas —dijo Carol—, este es el momento de preguntarle qué pasa con los comunicados del Visitante. Desde hace una semana no se informa de su marcha. Y desde la Tierra me presionan para que les envíe noticias al respecto.

Vargas señaló a Laminsky.

—Soy el responsable de mantener contacto con la nave, señorita. Lo cierto es que desde hace ocho días la comunicación se interrumpió y no hemos conseguido restablecerla. Diría que la nave la cortó.

—Por lo tanto, esto nos lleva a pensar que Jean Divo tiene muy problemática su vuelta a la Tierra —dijo Vargas—. Oh, no me pregunten qué es lo que pasa en la nave ni lo que lleva en la mente el señor Divo, porque no podría responderle. Bien, sigamos con las investigaciones hechas en la Tierra. Sepan que ISA, por instancia de la Federación de Gobiernos, se ha hecho cargo del proyecto Goliat y, temporalmente, de la Corporación Divo's.

La noticia hizo que Carol soltase una exclamación y Roger mascullase algo entre dientes.

—Así es. Desde hace años Jean Divo comenzó a hipotecar sus enormes negocios y dedicar todo el capital a la aventura espacial. La Federación de Gobiernos acogió con alegría su desprendimiento económico. De otra forma, el avance espacial no habría salido del atolladero en que se hallaba sumergido desde hacía algunas décadas.

—Todo se hizo precipitadamente, pero la enorme actividad desplegada por la Corporación Divo's y los logros obtenidos hicieron cerrar muchas mentes a la lógica. El desarrollo de la corporación no tenía lógica. Divo estaba derrochando su fortuna sin ninguna esperanza de recuperar un céntimo. En un hombre tacaño, que nunca había regalado un dólar, era algo sospechoso. Pero los dirigentes de la Federación solo pensaban en seguir adelante con el programa, que debía tener su culminación en la llegada a Plutón.

—Resumiendo, Jean Divo quemó sus naves como Cortés, y todo para alcanzar Plutón. La respuesta, desgraciadamente, la ignoramos.

—Entonces el *International Space Administration* es la dueña de todas las propiedades de la Corporación Divo's, ¿no es así? —preguntó Roger ansiosamente—. Y la Federación apoya esta expropiación.

—Aún no es legalmente una expropiación —dijo molesto Vargas—. Pero por una decisión mundial la administra. Joven, si se refiere a la DIP Dos, está en lo cierto. Estamos dispuestos a ordenar su partida y contamos con usted para que sea su comandante. Si es que está dispuesto a ello, claro.

—¿Bromea? —rio nerviosamente Roger—. ¿Cuándo partimos?

—Se está ultimando la tripulación —dijo White—. Y esta vez nadie me partirá una pierna para impedirme embarcar.

Vargas miró a Carol.

—También tengo una propuesta para usted, señorita. El ISA desea saber si usted está dispuesta a cubrir la noticia. Después del desencanto de la población del Sistema ante la ruptura total de informes procedentes del Visitante, es lógico que se le compense con creces con la segunda expedición.

—¡Eso sería maravilloso!

—Interpreto ese grito como una aceptación, y me alegro —Vargas observó a Roger—. No le veo a usted complacido con la incorporación de Carol Vogt, capitán.

—Será peligroso. Me gustaría que se quedara.

—No seas anticuado, Roger. En la primera nave viajaban mujeres. Y seguro que en la segunda también irán —esperó la afirmación de Vargas para añadir—: y por nada del mundo me quedaría aquí. Y no se te ocurra partirme una pierna.

—No lo haré —sonrió Roger—. Son demasiado bonitas.

—Si vais a empezar con las carantoñas, yo os dejo —protestó White, provocando risas—. Escuchad. Al parecer ninguno de vosotros dos, jovencitos, ha tenido un piadoso pensamiento para ese cuerpo celeste que a mayor velocidad de la luz se aproxima hacia el Sistema.

—Fugaz —dijo Roger.

—Celebro que no se haya olvidado el nombre, capitán —asintió White—. Estos días hemos estado vigilando a Fugaz intensamente, y todos los estudios que realicé en el observatorio lunar se han venido abajo. Yo tenía previsto que Fugaz pasaría cerca de Plutón varios días después de llegar el Visitante. Pero no es así. Fugaz estará en el lugar de la cita veinte días antes. Eso es debido a una súbita aceleración producida hace un mes, pero que desde hace dos semanas está decelerando, con lo cual…

Excitado, Laminsky interrumpió a White.

—Al principio, no podíamos creer lo que afirmaba nuestro amigo White, pero al final tuvimos que claudicar. Amigos, Fugaz está a punto de convertirse en una luna de Plutón.

Vargas debía conocer la noticia, pues se limitó a mover la cabeza afirmativamente. En cambio Roger se quedó callado, casi sin respiración. Carol se rascó la barbilla y miró con el ceño fruncido a los dos científicos.

—Caramba, esto sí que me gustaría transmitido a la Tierra.

—Prohibido terminantemente —corrió a decir Vargas.

Carol suspiró.

—Me lo esperaba.

—Compréndalo, señorita. La noticia sería demasiado escandalosa. La gente no sabría qué pensar. Debemos tener cuidado. Máxime cuando lo que descubrimos en una de las factorías más vigiladas de las que posee Divo ha provocado mucho nerviosismo entre los dirigentes de la Federación.

—Pues dígalo porque ya no tengo más capacidad para sorprenderme.

—Opino lo contrario —sonrió apesadumbrado Vargas—. En esa factoría se estuvo desarrollando un proyecto desde hace muchos años. Todo se mantenía en el más estricto secreto. Lamentablemente nos ha costado varios días descubrir parte de lo que allí se investigaba y construía porque los diversos equipos trabajaban en

secciones y campos que por separado a nada conducen a adivinar su destino. Estamos convencidos de que todos los científicos de esa factoría son inocentes, porque desde el primer momento colaboraron con los investigadores de la Federación y del ISA.

»Allí se fabricaron una especie de bombas compuestas de unos elementos extraños, que una vez terminadas fueron llevadas a un puerto espacial propiedad de Divo y embarcadas en un carguero con destino a Marte. Siguiendo el hilo llegamos a saber que esos misteriosos misiles o bombas fueron introducidos en el Visitante hace más de tres meses, casi treinta días o más antes de la partida. Allí se debieron de camuflar de tal forma que nadie pudo descubrir su presencia.

—Eso es un vasto plan elaborado desde hace mucho tiempo por Divo —dijo Roger.

—Sí, eso parece, pero aún no sabemos cuál es su intención.

—Está claro —dijo Carol—. Esos artefactos misteriosos son bombas de un gran poder, y con ellas Divo pretende intimidar a los tres planetas y erigirse en dictador todopoderoso. Seguro que desde su base en Ganímedes está esperando el momento para lanzar su ultimátum.

Vargas negó vigorosamente con la cabeza.

—No al menos desde Ganímedes. La nave siguió su viaje.

Debe estar cerca de Plutón en estos momentos. Y en Ganímedes la situación es normal. La base está tranquila y la mayor parte de su dotación es del ISA, fiel a la Federación.

—No hay explicación lógica entonces —dijo Roger.

—Así es. No existe otra alternativa que buscarla en Plutón.

—Sí —dijo Vargas—. Me temo que todo tiene una conexión. Todo —empezó a enumerar con los dedos—. Divo, su interés por el espacio, los atentados, Plutón…

—Y Fugaz —dijo casi gritando White—. No se olviden de Fugaz.

CAPÍTULO V

La nave DIP Dos fue bautizada finalmente con el nombre de Lowell. Cuando Roger lo supo consideró que realmente debió haber sido DIP Uno quien hubiese llevado ese nombre, pero le gustó. La orden llegó de la Tierra al mismo tiempo que una sorpresa para él.

Se hallaba verificando algunos controles en el módulo de mando cuando un vendaval penetró allí en forma de mujer. O'Connors saltó sobre él y le besó varias veces.

Cuando Roger recobró la respiración, se encontró frente a un rostro sonriente.

—¿Qué demonios hace aquí? —protestó Roger—. No se permiten visitas. ¿Para qué sirve ese enorme cordón de vigilancia que tenemos alrededor de Fobos?

La chica sacó de su traje de vuelo una tarjeta con su fotografía y cubierta de sellos oficiales.

—Estás delante de tu segundo de a bordo, capitán De Mars. ¿Es que no te alegras?

—¿Cómo es posible? Según mis cálculos no podías regresar a Marte hasta dentro de seis meses al menos.

—Maldito bribón —rio O'Connors—. Me enteré de todo en la Tierra, apenas descendí. Sí, sé lo de tu atentado y que te tuviste que quedar.

—Creí que eso no se había divulgado.

—Dispongo de medios para enterarme de todo. También supe que la DIP Dos iba a partir pronto y me faltó tiempo para pedir mi baja en la compañía y solicitar un puesto en esta nave, que ahora se llama Lowell. Toma, aquí tienes las últimas instrucciones enviadas por el ISA desde la Tierra.

Las recibí durante el viaje. Están en clave y aún no dispongo del código especial que se utilizará en este viaje.

—Sí, recuérdame que te lo muestre —asintió Roger tomando el

sobre—. Por cierto, ¿has hablado con el administrador para que te aloje?

O'Connors puso los brazos en jarras e hizo un mohín burlón.

—Creí que tú me indicarías tu habitación.

Roger no respondió porque Carol penetró en aquel momento en el módulo, seguida de White.

—Hola, Carol. Te presento a la capitán O'Connors. Será el segundo jefe de a bordo. Y esta es Carol Vogt, que cubrirá el reportaje del viaje. Creo que ya conocías al profesor Ray White —dijo De Mars, tomando a Carol por los hombros e impidiendo que esta le besara.

Las mujeres se saludaron fríamente y Carol comentó:

—Sí, recuerdo a esta señora del Gadir. ¿Interesada en Plutón?

O'Connors se encogió de hombros. Suspiró y dijo:

—Había pensado que este iba a ser un viaje interesante, pero me temo que será aburrido. Bueno, buscaré al administrador.

—Le prometo que le grabaré una entrevista, capitán O'Connors —sonrió torvamente Carol—. Ya le presentaré a Corrigan.

—¿Quién es Corrigan?

—Juega al triple ajedrez. Se distraerá con él.

—Muy amable —replicó la mujer. Tomó su pequeña valija y salió del módulo.

—Tienes una lengua que es una serpiente —rio el profesor cuando se marchó O'Connors.

—De cascabel —resopló Roger—. Carol, no se pueden tener enemistades a bordo de una nave que tardará sesenta días en llegar a su destino.

—No seré su enemiga, Roger; te lo prometo. Pero no puedes obligarme a ser amiga de «eso» con apariencia de mujer.

—Es una mujer, y muy atractiva.

—A bordo del Gadir le vi propinar una torta a un tripulante drogado que lo lanzó a cinco metros. Tiene una fuerza masculina —Carol empezó a preparar sus filmadoras—. Me pregunto si sus demás atributos padecerán de la misma tendencia.

Roger se sentó en el sillón. Resopló y comenzó a abrir el sobre con las instrucciones. Después de ajustar una cámara automática en un ángulo del módulo, Carol dijo mordaz:

—Pero tú podrías sacarme de dudas al respecto, ¿no es así,

cariño?

Roger dejó para más tarde la interpretación de los mensaies cifrados, guardándolos en un compartimento codificado. Se levantó furioso externamente, pero en su interior le divertían los ataques de celos de la chica.

—¿Dónde vas, muchacho? —preguntó el profesor.

—Quiero dar un vistazo en el exterior. No tenemos mucho tiempo ya. Partiremos mañana y quiero comprobar con el administrador que todo está correcto. Ahora la tripulación está lista, con la llegada de O'Connors.

—Pues aguarda un segundo —le pidió el profesor—. Acabo de hablar por video con Laminsky desde el observatorio. Prácticamente todo el personal está día y noche vigilando Plutón. Tal como me temía, Fugaz está a menos de diez millones de kilómetros del planeta, y su velocidad de traslación se ha reducido a menos de 4.8 Km/seg. Aún faltan unas horas para que se confirme. Es probable que Plutón convierta a Fugaz en su satélite.

Roger había empezado a vestirse con el traje de vacío y se detuvo en su movimiento de cerrárselo. Miró inquisitivamente a White.

—Entonces no seguirá su camino por el espacio estelar —dijo.

—Esto es para volverse loco, muchacho. Hace tres días su espectro pasó rápidamente del azul al verde. ¿Cómo es posible que un cuerpo que se aproxima a una velocidad superior a la de la luz haya podido decelerar tanto en tan corto tiempo?

—¿Cuál es su masa? ¿Se ha logrado saber ya?

—Aproximadamente unos 4500 kilómetros, algo inferior a Mercurio. Pero su densidad es alta relativamente, casi igual a la de la Tierra. Y su albedo es 0,91. Mayor que el de la Tierra e incluso de Plutón, 0,16.

—Tal vez eso explique su densidad, profesor. Es rico en metales. ¿También va a decirme que posee atmósfera?

—¿Un cuerpo que ha viajado a velocidad superior a la luz iba a poder retener su atmósfera? —White torció el gesto—. No diga tonterías.

—Es que me temía que también dispusiera de aire o metano, qué sé yo —Roger meneó la cabeza—. ¿Le sorprende algo ilógico en un cúmulo de incongruencias?

White se encogió de hombros. Roger terminó de cerrarse el traje y se colocó el casco de sílice y titanio.

Cuando Carol se volvió para mirarle, le lanzó un beso imaginario. Ella le volvió la espalda con desdén y siguió con su tarea de terminar la última cámara. Con aquella instalación podía filmar lo que aconteciera en el módulo desde su cabina, sin interferir en los navegadores durante los momentos cruciales.

Roger salió del módulo y atravesó toda la nave hasta llegar a la compuerta y salir al exterior.

Conectó los magnetos de sus botas y anduvo por el brillante fuselaje. La superficie de Fobos estaba a unos veinte metros sobre su cabeza.

Siguió caminando y llegó hasta el cubo de acero donde estaban reservadas las antenas, que solo cuando estuviesen viajando saldrían de su resguardo automáticamente.

Divisó a varios operarios de la base trabajar en el cuerpo de babor, cerca de las toberas. Penetró en el área iluminada por el sol, dejando atrás la difusa y rojiza fosforescencia de Marte.

Se detuvo unos instantes. Era un bello espectáculo.

Solo había estado una vez anteriormente en Fobos, hacía tres años. Entonces fue allí porque quería visitar las viejas instalaciones de la misteriosa raza que convirtió la bola rocosa de Fobos en una base que ya apenas existía.

Los extinguidos habitantes de Marte o sus visitantes, tal vez millones de años antes, perforaron las rocas del satélite y construyeron unos túneles, que quizás en sus días de esplendor estaban unidos a otras edificaciones a ras de la superficie, pero de las cuales solo quedaban ligeros rastros.

El ISA aprovechó el trabajo interno del satélite y construyó unos talleres y viviendas.

Fobos era ideal para el atraque de grandes cargueros. Prácticamente DIP Dos se terminó de construir allí, mientras que DIP Uno se hizo en Deimos.

Deimos sí fue un verdadero satélite artificial, e igualmente se usaron sus antiquísimas instalaciones, una vez comprobado que no existía en ellas nada de valor arqueológico, para levantar un segundo astillero.

Roger miró en dirección a Marte. Luego lo hizo hacia el espacio

exterior.

Fobos iba a pasar cerca de Deimos, su hermano menor.

En aquel momento pasó lentamente a unos diez kilómetros un patrullero, de los varios que vigilaban el satélite.

Empezó a prestar su atención de nuevo al sistema de antenas cuando vio por el rabillo del ojo que el patrullero cambiaba de dirección y se dirigía hacia Fobos.

Se sorprendió un poco. No era el momento para que los soldados que vigilaban la base fueran relevados. Eso se hacía cada veinticuatro horas y el último relevo fue efectuado apenas hacía quince.

El ahusado patrullero se dirigió hacia las burbujas de cemento de la superficie, a unos doscientos metros de la nave y casi sobre el borde del horizonte.

Roger conectó su comunicador. Amplió la banda y captó las llamadas de requerimiento desde la torre de vigilancia increpando al patrullero por su descenso no previsto.

Se volvió completamente y no vio ningún otro patrullero en las cercanías. La proximidad de Deimos podría ser la causa de su alejamiento.

Roger siguió con la mirada el descenso de la nave militar.

De pronto de esta partió un disparo y la torre de vigilancia saltó en pedazos, que fueron cayendo como trozos de algodón.

Los obreros comenzaron a dar saltos, alejándose de la base y del patrullero, a una altura de unas decenas de metros de la superficie, comenzaron a salir figuras embutidas en los gruesos trajes espaciales de combate. Eran ocho, que con sus propulsores de gas encendidos se dirigieron hacia el Lowell.

Roger gritó en su micrófono, alertando a los pasajeros de la nave que se encontraban dentro realizando diversas labores previas a la partida.

Uno de los hombres pasó por encima de un obrero rezagado y le disparó.

El desgraciado fue alcanzado y su traje reventó. Roger escuchó su grito y un segundo más tarde su sistema de comunicación se llenó de interferencias.

Comprendió que se trataba de un verdadero ataque dirigido contra el Lowell. El hombre que había matado al obrero pareció

descubrirle y manipuló su impulsor. Le vio levantar un pesado rifle láser.

Roger cogió su soldador. No era una verdadera arma, pero era lo único de que disponía. Abrió su potencia al máximo y velozmente lo abrió y apretó el pulsador.

El hombre ya estaba a menos de diez metros de él cuando recibió el chorro de fuego. Braceó en el espacio y se alejó ardiendo, solo los segundos que duró la descarga de oxígeno. Luego quedó convertido en una masa negra.

Roger dio un pequeño salto y recogió en el vacío el arma que su enemigo había soltado al ser achicharrado.

Todavía flotaba cuando volvió a disparar. Dos hombres más fueron alcanzados. Uno casi fue partido por la mitad y el segundo tuvo suficiente con un fuerte desgarro en su traje por el cual se escapó el aire.

Rebotando sobre el fuselaje, Roger se dirigió hacia la esclusa.

La radio de su casco seguía sin funcionar, y los enemigos se aproximaban hacia la nave.

Uno de ellos portaba un cilindro de acero, seguramente un alto explosivo. Roger se preguntó por qué no habían usado el proyector láser del patrullero.

Rechazó la idea de entrar en la nave. Entonces los invasores tendrían libertad plena para colocar la carga y alejarse. Perplejo, vio cómo la nave invasora se ponía en marcha, aproximándose hacia las toberas.

La miró bien. Era un vehículo viejo, civil. Su camuflaje le permitía pasar por una unidad militar de vigilancia, pero solo desde lejos.

Roger se preguntó cómo había podido aproximarse a Fobos, burlando las verdaderas patrullas. Únicamente la falúa que había llevado a O'Connors disponía del permiso y código de identificación pertinentes.

La intención del falso patrullero era bien clara. No era un proyector láser lo que había usado para destruir la torre, sino un cohete de luz densa.

Ahora ya no tenía a bordo nada peligroso. Pero el hombre con la carga se aproximaba a las toberas, y el vehículo también, para recogerlos cuando todo estuviese a punto para inutilizar al Lowell.

Roger masculló y saltó afortunadamente para evitar ponerse en camino de los rayos que los demás hombres le dispararon.

Estaban tratando de proteger al hombre de la carga. Y posiblemente se saldrían con la suya.

Solo estaba armado con un soldador, en el cual no podía quedar mucha energía, ya que había derrochado la mayor parte al efectuar las potentes descargas.

Al volverse, vio que una figura embutida en un rojo traje de vacío salía por una esclusa pequeña, a unos veinte metros de él.

Le hizo señas. Distinguió el número en la escafandra. Demonios de chica, pensó al saber que se trataba de Carol. ¿Qué pretendía? ¿Que la achicharraran?

Pero Carol no estaba allí por curiosidad. Llevaba un arma y la usó.

Un hombre que intentaba oponerse a que Roger interceptase el avance del que cargaba la bomba, saltó a muchos metros al desinflarse el traje.

El hombre con la bomba estaba casi fuera de su campo de visión, bajando hacia las toberas. Detrás de él se colocó la nave camuflada.

Carol corrió con sus botas imantadas sobre el fuselaje.

Llevaba algo además del rifle láser, que Roger no pudo identificar.

Quedaban tres hombres, que debieron verla, puesto que movieron sus propulsores y volaron hacia ella. Roger saltó del refugio y pulsó el disparador. Usó toda la energía que le quedaba en el soldador.

No causó víctimas, pero la cortina de fuego hizo retroceder a los enemigos.

Entonces vio que Carol disparaba una especie de dardo con una ballesta.

Era un artilugio que usaban los obreros para trabajar en el vacío y entregar herramientas a grandes distancias.

El dardo llevaba una potente carga magnética, pasó cerca del hombre con la bomba y se alejó con ella pegada sólidamente. El hombre braceó, desesperado.

El dardo se alejó varios kilómetros de Fobos, perdiéndose de vista.

Los dos hombres volaron en dirección a las toberas. Empezó uno de ellos disparando contra Carol, tal vez para vengarse por haberles arrebatado la bomba.

Roger saltó por el fuselaje. Quiso disparar de nuevo pero el soldador estaba vacío. Vio cómo Carol se agachaba para evitar diversos impactos, que mellaron el metal de la nave. No podía hacer nada. Carol iba a ser alcanzada en cualquier momento, durante la fuga de los asaltantes hacia la nave camuflada que les esperaba para huir del satélite.

Pero en aquel momento se encendieron las toberas. Un huracán de fuego fue escupido. La nave vibró y los tres hombres, el que había portado la bomba y la falsa unidad patrullera fueron cubiertos por aquel infierno.

La acción de las toberas solo duró tres segundos y Roger supo que solo había sido como un ensayo del encendido. Alguien había estado viendo lo que sucedía desde el interior. Sonrió al pensar en O'Connors. Era una chica resuelta.

Se reunió con Carol y la miró a través del cristal del casco. Estaba pálida, pero contenta. Se dejó conducir por Roger hasta la esclusa de entrada. Se volvió un instante para ver cómo los operarios de la base estaban saliendo de sus escondites y del espacio llegaba una patrullera, ahora una auténtica patrullera.

Al otro lado de la esclusa les esperaba O'Connors, que les ayudó a despojarse de los trajes. Roger resopló y le dijo:

—Gracias, preciosa; nos has salvado al encender las toberas de babor. Fue una gran idea.

La capitán rio nerviosamente y negó con la cabeza, diciendo:

—No, no fui yo. Salí del módulo hace unos instantes y buscaba un traje espacial para ir y tratar de ayudaros. —Señaló un traje que yacía formando un montón en el suelo.

Llegaron otros tripulantes, que debido a que estaban trabajando en departamentos alejados no se habían enterado de nada.

Por el pasillo apareció White, quien dijo:

—Inmodestamente tengo que confesar que se me ocurrió a mí accionar el encendido de las toberas. Y reconozco que lo dudé, porque temí que el Lowell saltara al espacio.

Roger soltó una carcajada y abrazó al viejo profesor. Carol le besó con fuerza, hasta dejarle sin respiración.

CAPÍTULO VI

El director Vargas acudió rápidamente a Fobos. Le acompañó una flota completa de seguridad, y durante varias horas, estuvo gritando y maldiciendo. Pudo haber sucedido algo irreparable.

Se había localizado la carga adosada al dardo magnético en el espacio, y fue examinada. No era muy potente, pero sí lo suficiente para haber inutilizado al Lowell durante seis meses o más. Las piezas de recambio hubieran tenido que ser fabricadas de nuevo en la Tierra y llevadas a Marte.

Las naves modelo DIP, debido a su impulsión de plasma, eran únicas, y solo en Australia estaban preparados para la fabricación de esos elementos.

Horas más tarde se supo que los asaltantes eran gente procedente de la Tierra, que llegaron a Marte hacía dos semanas en calidad de colonos técnicos. Alquilaron una vieja falúa que debieron acondicionar para darle prestancia de patrullero.

Aprovecharon la entrada en el área restringida del bote que llevó a O'Connors a Fobos para burlar la vigilancia.

Fueron identificados cuatro cadáveres. Tres de ellos alcanzados por los disparos de Carol y Roger. El cuarto era precisamente el hombre que portaba la bomba. Vargas le dijo a Roger:

—Era Rod Lewis. Él contrató en la Tierra a esos pistoleros. Hemos investigado y todos tenían cuentas secretas en diversos Bancos por varios millones de dólares.

Roger le miró sin comprender y Vargas añadió:

—Lewis era el jefe de seguridad de Jean Divo.

—Lástima que no hubiera supervivientes —se lamentó Carol, alzando la mirada de sus notas.

—Pescamos uno en Mars Dos. No parece ser un pez grande, pero le enviaremos a la Tierra, en donde le haremos cantar —dijo Vargas —. Divo dejó una extensa red en la Tierra y Marte antes de partir.

No sé si la hemos deshecho aún. Debemos tener sumo cuidado. Hasta el momento de la partida del Lowell, que será mañana, toda la zona en un radio de mil kilómetros alrededor de Fobos estará restringida y aumentaremos la vigilancia. Ya está toda la tripulación dispuesta y no tendrá que llegar ningún vehículo espacial de improviso. Tenemos casi toda la flota armada de Marte en estado de alerta. Tenga, Roger.

Vargas entregó a Roger un sobre lacrado, que lo tomó con recelo.

—Creí que las últimas órdenes me las había entregado O'Connors.

—Faltaba esta. Es una orden de arresto contra Jean Divo.

Esta vez sus millones no le servirán de nada y comparecerá ante una corte mundial para responder de sus maquinaciones.

Roger sonrió desconfiadamente.

—Parece usted muy seguro de que pueda traerlo a la Tierra.

—En eso confío, pero no puedo exigírselo. Lo importante de su misión, Roger, es conseguir información acerca de Plutón…

—Y de Fugaz —se apresuró a decir White.

—Y de Fugaz, claro —sonrió Vargas—. Sobre todo, Roger, no arriesgue la vida de sus hombres ni la seguridad de la nave. Necesitamos que vuelvan. El programa espacial a causa de la actitud de Divo se verá afectado. Ahora los Gobiernos mundiales tendrán que hacerse cargo de todo y solo lo lograremos si conseguimos de la Corte Mundial que las propiedades de Divo pasen al sector público. En caso contrario nos veríamos envueltos en un pleito que podría durar décadas. Y en ese tiempo todo podría venirse abajo.

—Comprendo —asintió Roger. Se dirigió a su caja fuerte y guardó en ella el sobre lacrado.

Vargas se despidió y salió del módulo, después de desearle suerte. Tenía que regresar a Marte y prometió ver la partida desde una pantalla de televisión.

Carol recogió sus notas y farfulló:

—No nos ha dicho nada realmente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Roger.

—Alguien introdujo en el sector restringido al falso patrullero, y ese pájaro no ha sido cazado. ¿Quién les comunicó el código

secreto?

—Si lo descubren lo sabremos dentro de cuatro meses, cuando regresemos. ¿No puede esperar un poco tu curiosidad? —sonrió Roger.

—Mira, Roger. Quiero que prestes atención. Algunos tripulantes llegaron ese día en vehículos lanzados desde Marte. Llegaron en grupos de dos, de tres y algunos estaban solos. A todos se les dijo en Marte cuál era el código. ¿Qué piensas al respecto?

—Tu profesión te hace ver fantasmas en todas partes —dijo Roger moviendo la cabeza—. Toda la tripulación ha sido escogida cuidadosamente, y esta vez por el ISA y bajo mi aprobación especial. No hay ningún miembro, hombre o mujer, que no tenga un probado historial.

Carol sonrió de forma que parecía no tener intención de revelar sus pensamientos.

—Aún no hemos partido. Y al parecer Divo dejó instrucciones precisas para que nadie pudiera seguirle hasta Plutón.

Roger gruñó entre dientes y sentose violentamente en su sillón.

—Será mejor que compruebes tu equipo. En los tres planetas querrán ver un eficaz reportaje de la partida. Ahora, por favor, tengo mucho trabajo que hacer.

—¡Está bien, señor confiado! —gritó Carol apretando los puños —. Han querido matarte por asfixia, haciéndote saltar por los aires y has visto cómo una partida de pistoleros pretendían inmovilizar esta nave, y aún sigues siendo un cadete confiado. Allá tú y ojalá no lamentes tu actitud.

Salió del módulo y aún estuvo lanzando imprecaciones en medio de protestas por el pasillo.

Roger resopló y quedose mirando al profesor.

—Esta chica está nerviosa —dijo.

—Eso no lo sé, pero sí puedo asegurarte que está enamorada de ti y teme por tu vida. Deberías mostrarte más amable con ella.

—Lo intento, lo intento. Pero ahora estoy demasiado ocupado y…

O'Connors entró en el módulo. Ocupó el asiento gemelo junto a Roger, le dirigió una sonrisa y dijo:

—Hola a todos. ¿Qué le pasa a Carol? Me crucé con ella en el pasillo y parecía llevar consigo a todos los demonios.

—Olvídala. Está preocupada por…

—Es acerca de su equipo —intervino el profesor—. Ha llenado de cámaras toda la nave que debe controlar desde su camarote por control remoto, y algunas le están fallando.

Roger fue a protestarle al profesor, pero este le guiñó y O'Connors se encogió de hombros, abriendo su panel de mandos y comenzó a revisarlo.

—Confío que lo tenga todo solucionado antes de partir. Esa chica me simpatiza, Roger, aunque piense que soy su enemiga. Bah, soy una mujer independiente y ella no debe temer nada de mí respecto a…

Roger la tocó en el brazo y con la mirada le señaló al profesor, quien se había vuelto a ellos para observar una pantalla por la que una sección de la nave era mostrada.

—Déjalo estar —susurró Roger—. No saquemos trapos sucios ahora.

—No creo que quedaran tan sucios, cariño —rio O'Connors.

Diez días más tarde Roger pudo anunciar a la tripulación que habían rebasado la órbita de Júpiter, comenzaron a decelerar y al día siguiente, después de completar un giro de 180 grados, se dirigieron a Ganímedes. A un millón y medio de kilómetros era un tercio de la Luna, un disco negro situado en el centro del gigante, a unos veinte grados de la Gran Mancha Roja hacia el sur.

La pantalla principal del módulo de mando mostraba aquel inusitado conjunto. Roger lo observaba en silencio. Aunque había efectuado numerosos viajes entre los tres planetas, era la primera vez que llegaba hasta el coloso del Sistema.

O'Connors, a su lado, le levantó el pulgar en señal de victoria. Casi un tercio del viaje se había superado.

Roger asintió y le dijo:

—Descenso automático. Paso al control del computador.

En seis horas estaremos en base Joviana.

La mujer tabuló la orden. Ahora todo dependía del computador. Tres años antes se había terminado base Joviana y se poseía un completo antecedente de la ruta. Se había establecido contacto con los técnicos en Ganímedes y ellos se encargarían de conducir

suavemente al Lowell hasta la llanura donde estaba enclavada la base.

Roger se levantó y dijo a su copiloto:

—Volveré en una hora. Quiero revisar algunas cosas.

—Tómate el tiempo que quieras —replicó O'Connors, guiñándole.

Pasó entre los otros tres hombres y dos mujeres que completaban la dotación del módulo de mando y salió al pasillo. La gravedad artificial era un tercio de G, ya que no era preciso una instalación complicada como las que usaban las naves comerciales para que los pasajeros estuvieran confortables. Todos eran navegadores y podían prescindir de sentir bajo sus pies la misma sensación que si estuvieran en la Tierra.

Se detuvo ante el camarote del profesor, que como siempre tenía la puerta entornada. Llamó antes de entrar y la voz ausente de White le dijo que pasara.

—Estamos a punto de llegar a nuestra escala, profesor.

Recargaremos la pila de plasma y reemprenderemos el viaje diez horas después.

—Magnífico —dijo el profesor. Estaba sentado sobre su litera y escribía en la mesita plegable—. Estoy deseando que pasen al menos treinta días y pueda usar el telescopio de a bordo.

—¿Le hubiera gustado tener el de Sidney o el de Marte?

—No ambiciono tanto, pero me habría conformado con otro mayor que ese de aficionado que han instalado.

—Problema con el peso, profesor. Me dijo Shorty que mientras yo descansaba ha recibido usted algunos mensajes del doctor Laminsky. ¿Los ha descifrado ya?

—Sí, acabo de hacerlo.

Roger, a una indicación del profesor, se sentó en el taburete.

—¿Y bien?

—Laminsky, como es lógico, ha estado todo este tiempo pegado al telescopio. Me temo que no ha dormido dos horas seguidas. Fugaz es un satélite de Plutón. El electroscopio está comenzando a revelar cosas interesantes, pero creo que nosotros lo sabremos antes que en Marte cuando nos encontremos a un millón de kilómetros. Incluso con los míseros medios de que dispongo lograremos saber más.

»Muchacho, creo que podremos aterrizar en Fugaz, en lugar de dar vueltas alrededor de esa bola de metano helado que es Plutón.

Roger miró al profesor con disgusto.

—White, no quiero que se ilusione y tengo que decirle que en las instrucciones que tengo está terminantemente prohibido el descenso en Fugaz. Nuestra misión es recoger datos y descubrir al Visitante.

—Sería como buscar una aguja en un pajar, muchacho. ¿Dónde estará Visitante cuando nosotros lleguemos? Hasta puede haber emprendido el viaje de regreso, ¿no?

—Es posible, pero lo dudo. Y no crea que será difícil localizar al Visitante. Llevamos a bordo un eficaz equipo para detectar sus escapes radiactivos. No tendremos que dar más de tres órbitas sobre Plutón para hallarlo.

—¿Y qué pasa con Fugaz? Está en órbita de Plutón de unos ochocientos mil kilómetros. Sería como un paseo llegar hasta él y aterrizar.

—No puedo hacerlo. Tendría que pedir permiso a Marte, e incluso también a la Tierra.

—¡Condenación! Cuando estemos junto a Plutón un mensaje a la Tierra tardaría cerca de seis horas y otras tantas en recibir la contestación. No es posible mantener así un diálogo. Además, muchacho, Laminsky asegura que Fugaz es sólido, que podremos aterrizar en él. Y no habrá problemas en despegar porque su velocidad de escape es menor que la de Marte. Con el reaprovisionamiento que efectuaremos en Ganímedes tendremos potencia de sobra para hacerlo una docena de veces.

—¿Por qué ese interés en querer descender en Fugaz? Podemos aproximamos hasta diez mil kilómetros si es preciso. Desde esa altura podrá conocerlo mejor. Es como pretender entrar en el bosque para medir su magnitud lo que usted pretende.

—¿No puedes comprenderlo? Laminsky ha descubierto algo peculiar en Fugaz. Es como una manzana a la cual un gigantesco cuchillo le hubiera efectuado un profundo corte. Laminsky dice que puede tener mil kilómetros de largo por unos cien de ancho. Recorre ese cuerpo a lo largo del ecuador. ¡Y su profundidad es de más de veinte kilómetros! ¿Es que tu interés científico no se despierta con eso?

—Claro que sí, pero tengo que atenerme a las órdenes. ¿Por qué

no llama a Marte desde Ganímedes y solicita permiso de descenso en Fugaz? Use las instalaciones de base Joviana y tendrá una respuesta de minutos.

—Seguro que lo haré —refunfuñó el profesor—. Pero supuse que en el espacio tú tendrías libertad de decisión.

Roger se levantó.

—Lo siento. No es así. Le veré cuando estemos en la base, White.

El viejo le respondió con un gruñido.

La siguiente visita de Roger fue al camarote de Carol. La puerta estaba cerrada, pero él la abrió, como solía hacerlo algunas noches cuando sus turnos se lo permitían. Carol y él habían establecido una especie de tregua. Ella no le hablaba de otra cosa que no fuera del trabajo de ambos, y él no le reprochaba sus insistentes sospechas. Estaban en el espacio y nada había ocurrido. Al parecer, los asesinos a sueldo de Divo habían desaparecido o aquel comando fue el último intento.

La encontró durmiendo. Estaba sentada y caída sobre un tablero, sobre el cual había una docena de monitores de televisión. Roger sonrió. Carol trabajaba duramente. Seguro que iba a lograr un denso y eficaz reportaje de la misión.

Se marchó sin despertarla. Lo haría cuando solo faltasen dos horas para descender sobre Ganímedes.

La base Joviana era pequeña, pero estaba perfectamente montada. Jean Divo había derrochado en ella una verdadera fortuna. Casi toda la aportación de capital fue de la Corporación que fundó para impulsar la exploración del espacio. La cooperación del ISA fue escasa, pero ahora la dirección de la base dependía de ella.

El Lowell fue conducido automáticamente a la pista de aterrizaje, a unos quinientos metros de las bajas viviendas de la base. Casi todas las dependencias eran subterráneas.

Ganímedes poseía una atmósfera irrespirable para los humanos, y muy liviana, compuesta de metano, nitrógeno, argón y ozono. El oxígeno era casi imperceptible y las obras para terraformar el satélite marchaban lentamente.

Roger descendió de la nave y cruzó la pista de aterrizaje para

dirigirse al vehículo que acudió a recibirle. Antes de llegar a él se detuvo y alzó la mirada. La visión del gigante Júpiter merecía una contemplación mas larga Incluso que la que él le dedicó.

Le seguía el profesor, quien al parecer estaba tan impaciente por comunicarse con la Tierra que se olvidó de mirar hacia el planeta. Incluso apremió a Roger a darse prisa por entrar en el vehículo.

En dirección a las instalaciones se cruzaron con varios camiones que se dirigían hacia la nave. Allí iban los operarios que revisarían la pila de plasma y llenarían el aprovisionamiento de esta.

Antes de llegar a la esclusa de la base, Roger observó que alrededor de esta crecían unas plantas de color verde-rojizo. Se las indicó al profesor.

—Algún día podrán absorber el dióxido de carbono y expulsar oxígeno —suspiró White—. Pero tardará mucho. Ni siquiera tú lo verás, muchacho. Terraformar un satélite como este costará mucho esfuerzo y varias generaciones. Ese maldito metano tardará en ser expulsado.

—Es el primer paso, profesor.

—Pero la Humanidad no puede esperar tanto. Tiene que alcanzar las estrellas cuanto antes. El Sistema Solar le resulta pequeño.

Roger calló. Sabía que el profesor confiaba en hallar algún extraño secreto en Fugaz. Aunque White no se lo había dicho, presentía que este tenía la ligera sospecha de que el inesperado satélite de Plutón podría ser una máquina construida por seres inteligentes.

CAPÍTULO VII

—Una bola casi del diámetro de la Tierra compuesta de metano y amoníaco. ¡Bah! Todo helado. La superficie sólida debe estar a unos cien kilómetros de esa costra gélida, en la cual no podrá posarse una nave como esta, ni siquiera una más ligera.

Roger miró al profesor. Secamente, dijo:

—Sabíamos que no podríamos descender en Plutón, profesor.

El planeta estaba en la pantalla principal del módulo de mando. Lo tenían a menos de quinientos mil kilómetros y describían alrededor de él una órbita lenta, que al cabo de ocho horas más, empero, les permitiría alcanzar al nuevo satélite del último planeta del Sistema. Se situarían entre este y Fugaz.

—Pasaremos a trescientos mil kilómetros de Fugaz, muchacho. ¿Es que tendremos que dar una nueva órbita para dirigirnos a él?

—Quiero que lo observe antes, profesor. En la siguiente pasada nos acercaremos más.

—Sí, treinta horas más tarde —protestó White—. Será una pérdida de tiempo estúpida.

—Vamos, no se queje. Obtuvo de la Tierra el permiso para descender en Fugaz siempre que las condiciones sean óptimas. Yo también quiero contemplar esa famosa hendidura. Además, tenemos que elegir un lugar para el descenso.

—Debe ser cerca de la hendidura —afirmó el profesor.

—Será así si es posible. Antes confírmeme la solidez del suelo.

Fugaz estaba ahora al otro lado de Plutón, pero White había podido efectuar algunas investigaciones mientras se acercaban al planeta. Aseguraba que era sólido y nada les impedía hacer el descenso. Meneó la cabeza, tal vez pensando que el capitán le estaba resultando demasiado aprensivo. A regañadientes había estudiado Plutón, tal como exigían las instrucciones. Para el profesor solo parecía existir Fugaz, siendo lo demás de escasa

importancia.

Durante las horas en las que el Lowell estuvo decelerado, White posiblemente sufrió una gran desilusión. Fugaz era una masa rocosa, sin atmósfera. Giraba sobre su eje cada diecisiete horas y no pudo observar bien lo que él ya llamaba Hendidura, con mayúscula, por encontrarse en la otra cara. Luego entraron en órbita de Plutón y el misterioso cuerpo quedó oculto.

Las horas fueron pasando lentamente a bordo. White salió del módulo de mando y se recluyó en su cabina, asistido por un ayudante, a solas mentalmente con su telescopio y demás aparatos.

Roger decidió no importunarlo mientras efectuaba el reconocimiento de Fugaz, quedándose él en atenta observación a través de la pantalla principal. En el silencio del módulo escuchó las cámaras automáticas zumbar suavemente, moverse sobre sus pivotes para captar diversos planos de aquel lugar. Carol estaría en su camarote, atenta a los monitores y grabándolo todo.

En el módulo de mando se escucharon murmullos cuando Fugaz comenzó a mostrar en su ecuador la Hendidura. Roger no pudo evitar sentirse sobrecogido. Era como si el satélite hubiese sufrido un descomunal tajo. Un golpe más con una fabulosa navaja y tal vez lo habrían partido en dos.

Miró la Hendidura. Era tal vez demasiado perfecta. ¿Acaso se había producido a causa de la enorme velocidad que el cuerpo experimentó en su superlumínico viaje a través de la galaxia?

Cruzó los brazos sobre el pecho. Solo podía esperar.

—Aquí —dijo nerviosamente el profesor señalando un punto en el mapa que había levantado de Fugaz—. Aquí debemos descender. Está a solo diez kilómetros de la Hendidura, exactamente en su centro, donde posee mayor anchura.

—¿Garantías? —preguntó el capitán estudiando recelosamente el mapa.

—Totales. El suelo es rocoso y lo suficientemente llano como para que los trípodes de los dos cuerpos impulsores del Lowell se aposenten.

Roger levantó la mirada para mirar a Fugaz, que se alejaba de ellos. Volverían a alcanzarlo en la siguiente órbita. ¿Por qué le

seguían llamando Fugaz cuando había dejado de ser de tal condición?, se preguntó.

Miró a White. El profesor seguía mostrando un gesto ceñudo, de descontento.

—Parece que sigue lamentando no haber descendido en Fugaz en esta ocasión, profesor —dijo Roger en tono conciliador.

Habían pasado juntos casi dos meses en plena cordialidad toda la tripulación. Solo White se había mostrado en diversas ocasiones huraño con él, sobre todo por la cuestión de Fugaz.

—Confieso que sí, capitán, pero no por ello dejo de comprender que posees obligaciones. Y si ahora estoy más impaciente es porque estoy casi seguro de que en esa Hendidura existe una fuente de calor, débil, es cierto, pero calor.

—¿Es que por allí se escapa el magma del interior?

—No, no puede ser eso. He captado calor y ligeras radiaciones. Y en el espectro he hallado indicios de atmósfera, compuesta por nitrógeno y oxígeno.

Roger contuvo la respiración. Dijo lentamente:

—Creo, profesor, que es el momento de enviar un mensaje a Marte.

—Un mensaje sin respuesta, creo.

—De todas formas, ellos deben recibir la información.

Entró O'Connors y puso las manos en jarras, mirando desaprobadoramente a Roger.

—Eh, capitán, ¿es que no piensas descansar? Tenemos delante varias horas que deberías aprovechar en descansar. Tú tendrás que hacer descender esta nave sobre Fugaz. Ahora no tendremos los datos para que el computador haga el cometido.

Roger sonrió, levantándose.

—Tienes razón, preciosa. Como siempre. Sí, descansaré un rato. Llámame cuando estemos a punto, O'Connors —miró al profesor—. Usted también debería dormir unas horas, White.

—Sí, sí. Lo haré.

Roger se marchó, dudando de que el profesor le hiciera caso. Seguramente se recluiría en su cabina y pasaría las horas siguientes cotejando los datos obtenidos.

Entró en su camarote directamente y se arrojó sobre la litera. Unos instantes después dormía profundamente.

Unas horas más tarde, se sintió zarandeado con violencia.

De mal humor se puso en pie, pensando que si había llegado el momento no había justificación alguna para ser despertado así. ¿Por qué no habían usado el llamador desde el módulo?

Abrió los ojos y parpadeó. Carol estaba delante de su litera, con el rostro desencajado.

—Por Dios, Roger, levántate de una vez.

El capitán miró la hora. Soltó un gruñido. Aún faltaban más de cinco para la aproximación vital a Fugaz.

Se levantó y se puso los pantalones.

—¿Qué pasa? ¿Se quema la nave?

—Algo peor —gritó Carol—. Es el módulo de mando.

Y echó a correr por el pasillo. Roger la siguió, abrochándose la guerrera por el camino. Cuando llegaron delante de la entrada del módulo vio allí al profesor y a varios tripulantes.

—¿Pueden decirme qué sucede? White se le plantó delante.

—O'Connors, ha sido ella, capitán. Cuando regresé al módulo con el informe para transmitirlo a la Tierra, ella se opuso. Adujo una excusa inverosímil, no sé qué de una avería. No la creí y le dije que iba en busca del máximo responsable de la expedición. Entonces sacó un arma y me apuntó con ella, diciendo que nadie comunicaría con la Tierra.

»El ayudante navegador se sorprendió, pero al reaccionar saltando sobre ella recibió un disparo. Está ahí dentro y creo que muerto. Nos ordenó salir a todos y cerró la puerta.

Carol miró fijamente a Roger.

—¿Comprendes ahora, Roger?

Él la miró. No encontró en sus ojos ninguna recriminación. Se lo agradeció. Asintió con la cabeza.

—Sí, sé que O'Connors es el traidor que tú suponías podía haber a bordo.

Carol se mordió los labios.

—Ojalá hubiera tenido pruebas, pero ha esperado el momento oportuno para bajarse la máscara.

Roger asintió.

—Bien. La situación es difícil.

—¿Es que no podemos derribar la puerta? —preguntó White.

—Es de acero y tiene quince centímetros de espesor. Las armas

más poderosas son pistolas láser. No llevamos otra cosa en esta nave. Tardaríamos horas en derribarla.

—¿Otro camino?

—No, nada de eso. El módulo de mando es independiente al resto del bloque central. Y no piense en cortarle el oxígeno. Ella dispone de reserva independiente. Y también de energías almacenadas para seguir gobernando la nave pese a nuestra oposición.

Adams, el sobrecargo, dijo:

—Pero ella sí podría matarnos.

—Sí, tiene razón. Desde el módulo puede operar todos los dispositivos. Incluso, si lo desea, puede expulsamos al espacio.

El profesor soltó un juramento.

—¡Vamos a pasar dentro de poco cerca de Fugaz y ella va a impedirnos llegar a él! —gritó.

Roger tomó al anciano por los hombros. Sonrió torvamente.

—Se equivoca, profesor. Creo que ella nos conducirá a Fugaz —hizo un gesto de abatimiento—. Al menos creo que podremos comunicamos con O'Connors y saber con certeza lo que pretende. No creo que desde su posición de fuerza se niegue a sacarnos de dudas.

El capitán abrió un rectángulo situado a la derecha de la puerta de acero. Movió una clavija y habló por el comunicador:

—O'Connors, soy el capitán De Mars. ¿Me escuchas?

Al cabo de unos segundos, replicó la voz de
O’Connors:

—Sí, y muy bien, cariño. Lamento que te haya despertado. Seguro que dormías y soñabas con tu linda reportera televisiva.

—No, maldita sea. Pensaba cuál sería el momento en que mostrarías tus cartas.

—No me digas que sospechabas de mí.

—Admito humildemente que no. Pero los sicarios de Divo no podían haberse exterminado tan repentinamente. Por supuesto, tú fuiste quien reveló a los asaltantes el código para salvar el cerco de seguridad en torno a Fobos.

—Claro que sí. Ese era uno de los motivos por los cuales solicité mi ingreso en la tripulación. Con mi historial y la premura estaba segura de que sería aceptada.

Roger sonrió amargamente. Con ironía, dijo:

—Este es un mal día. Siempre pensé que lo hacías por mí.

—Sí, es posible que tú también influyeras, pero sobre todo pesó sobre mí cinco millones de dólares que me entregó Rod Lewis.

—¿Solo para permitirle burlar la vigilancia de Fobos?

—Sí, pero si sigo al pie de la letra la segunda parte del plan recibiré el doble a mi regreso a la Tierra. Comprenderás, Roger, que se trata de una cifra muy sustanciosa.

—Dudo que puedas disfrutarla. ¿Por qué no abres la puerta y charlamos cara a cara?

—No me ofendas, cariño. Estoy muy ocupada ahora. Tal vez en otro momento acepte tus caricias.

Carol crispó las manos y exclamó:

—Maldita bruja. La pisotearía con gusto…

Del comunicador salió:

—Eh, Roger. Dile a tu concubina que deje de decir tonterías o corto el contacto. Me servís de distracción solamente. ¿De acuerdo? No me convenceréis.

—Está bien, O'Connors. Dinos qué piensas hacer.

—Lo que tú tenías que realizar. Solo que el punto de destino variará ligeramente. Aterrizaremos en otro sitio. Estoy esperando una llamada que me lo dirá.

Roger y el profesor se miraron en silencio. El capitán hizo que los navegadores callasen y dejasen de murmurar.

—¿Quién te llamará?

Se escuchó una risa divertida al otro lado.

—Oh, capitán. Me decepcionas. El principal objeto de esta misión es encontrar al Visitante, ¿no? A bordo viajan unos tipos que a la justicia de la Tierra le gustaría echar mano. Jean Divo, Larry Symes, etcétera.

—Siempre había tiempo para encontrar esa nave. ¿Es que sabes dónde está?

—No exactamente, pero Rod Lewis me dijo que si el Lowell terminaba partiendo de Fobos yo debía esperar una llamada de Larry Symes y obedecerle. Por un momento deseé que Larry no tuviera éxito y la partida del Lowell se efectuase. Desgraciadamente para él así sucedió.

—¿Por ganar más dinero? ¿No tenías suficiente con cinco

millones?

—Desde luego, pero también me atraía la aventura. Tengo mis debilidades, Roger.

Carol se acercó al comunicador y dijo:

—Sospeché de ti cuando dijiste que saldrías en busca del administrador y te quedaste a bordo del Lowell, pero era una mera especulación.

—Acertaste, encanto —replicó O'Connors—. Estar en el exterior en el momento del ataque hubiera sido peligroso. Yo sabía que la explosión no afectaría al bloque central, sino solo a las toberas. De haber tenido éxito Lewis, y a causa de que las reparaciones hubiesen tardado más de seis meses, la ley me permitía abandonar el trabajo y reintegrarme a mi anterior empleo. En las líneas comerciales habría estado poco tiempo para no despertar sospechas antes de disfrutar de mi dinero.

—Ahora tampoco podrás disfrutarlo, mujer —masculló el viejo.

—Dile al profesor que se calle. ¿No voy a llevarle al fin y al cabo adonde él quería ir con tanto empeño?

—No, oficial O'Connors —gritó el profesor—. No podrás gastar un centavo de ese maldito dinero porque tienes demasiados testigos en tu contra. No ignoras que el gobierno mundial está desmantelando el imperio económico de Divo. ¿Quién te apoyará?

El comunicador permaneció en silencio unos minutos. Al cabo, dijo bruscamente la voz de O'Connors:

—Ganar el sueldo cuesta esfuerzo, es obvio. Por lo tanto, conseguir millones en pocas semanas puede implicar las vidas de seres humanos, de amigos incluso.

CAPÍTULO VIII

Las horas que transcurrieron fueron largas y difíciles para los tripulantes de la nave. O'Connors se negó a volver a comunicarse con sus excompañeros, pese a las insistencias de Roger.

El capitán dijo a Carol:

—Te agradezco que no me hayas echado en cara que tú estabas en lo cierto, cariño.

Ella se encogió de hombros.

—¿Habría servido para algo?

Roger golpeó con el puño la pared de acero sobre la que estaba apoyado.

—Esa perra me engañó bien. ¿Cómo es posible? Hasta ha reconocido que fue la que intentó matarme a bordo del Gadir. ¿También tú sospechabas que ella me echó al tobogán?

Carol asintió.

—Sí, pero tenía mis dudas sobre eso.

—Debí haberlo supuesto. Tú tuviste que usar un carro de ropas sucias para llevarme a mi camarote. Ella tiene suficiente fuerza para levantar a un hombre inconsciente y meterlo por la compuerta. ¡Dios! Todo lo tenía previsto. Me mostró demasiada alegría cuando me vio subir al Gadir. Todo falso, todo. Ya había cobrado su dinero por eliminarme. Cuando fracasó y regresó a la Tierra para presentar su informe negativo a Rod Lewis lo hizo despechada. Temía tener que devolver la suma, pero entonces llegó la orden de Divo de inutilizar el segundo DIP. O'Connors recobró la esperanza. Lewis le ofreció incluso más dinero y tuvo la prevención de prometer millones si el intento fracasaba. Entonces tenía que hacer el viaje, pero apoderarse de esta nave y llevarla a un lugar que le comunicaría oportunamente Larry Symes.

—¿Dónde está ahora el Visitante?

—Ojalá lo supiéramos —dijo el profesor—. Ni siquiera puedo

utilizar el telescopio del módulo de observación. Esa mujer ha cortado la energía del foco reflector. Pero nos acercamos a Fugaz.

—¿Está seguro, profesor? —preguntó Roger, sentándose en una silla metálica.

Estaban en el comedor, esperando los acontecimientos. Casi toda la tripulación estaba allí. Diecinueve hombres y mujeres, la mayoría asustados.

O'Connors podía ella sola conducir la nave, e incluso hacerla descender. La única limitación era el agotamiento. Llevaba ya muchas horas despierta, cubriendo su guardia, cuando mató al tripulante y expulsó del módulo de mando a los demás navegantes. Desde entonces habían pasado cinco horas. Roger pensó que debía estar al borde del agotamiento, aunque tenía en el botiquín de la sala suficientes estimulantes.

El sistema de comunicación general de la nave tronó y la voz de O'Connors dijo:

—Vamos a descender. Me permito aconsejaros que toméis precauciones. Me gustaría tener algún ayudante, pero no puedo confiar en nadie. Por lo tanto, será conveniente que cada uno tome asiento en los sillones neumáticos.

Se escuchó el seco sonido al cortarse la comunicación. Roger dijo:

—Vamos, amigos. Será mejor obedecerla. Ella está cansada y sus reflejos pueden fallarle. Aunque la gravedad de Fugaz es menor a la de la Tierra, el descenso puede ser peligroso.

Roger pidió a Adams que ayudase al profesor a acomodarse en su litera. Los demás tripulantes salieron del comedor. Carol tomó a Roger de las manos y mirándole a los ojos le pidió:

—Quiero estar junto a ti. En tu camarote podemos acomodamos.

El hombre asintió. Besó a Carol y cogidos de las manos se dirigieron al camarote.

Roger disponía en su cabina de una extensión conectada al módulo de mando que le permitiría conocer la posición de la nave minuto a minuto. Por supuesto, no tenía poder operativo, pero al menos no se sentía ciego en aquellos momentos.

Sujetó a Carol en la litera, la besó y él amoldó su sillón neumático. Sonrió a la muchacha y descubrió la extensión. Miró el altímetro. El Lowell estaba a mil kilómetros de Fugaz.

Roger maldijo a O'Connors. Estaba usando los retropulsores tarde a su juicio. Tal vez ella estaba recibiendo instrucciones de alguien para el descenso, y estos sabrían lo que hacían.

Minutos después, la nave vibró ruidosamente, se estabilizó y la presión sobre ellos aumentó hasta cerca de dos G. Luego de mirar el altímetro y comprobar que la altura se había reducido a menos de cien kilómetros leyó en los controles que los motores de la nave estaban funcionando, pero reduciendo su potencia.

Súbitamente Carol gritó y Roger sintió que una fuerza descomunal pretendía levantarle del sillón.

Inmediatamente se hundió en él, le dolió el cuerpo y casi perdió el sentido. Pero se sobrepuso y trató de apartar los jirones de niebla que empezaron a extenderse delante de sus ojos.

Ahora la nave avanzaba en posición horizontal. Algo parecía frenarla.

Roger parpadeó. Solo podía ser la resistencia de una atmósfera densa.

Y el profesor había asegurado que la superficie de Fugaz carecía de ella, aunque la hubiera detectado en el interior de la Hendidura.

Sus pensamientos fueron interrumpidos bruscamente. Se escuchó un enorme rugido metálico, el piso se tambaleó y todo pareció venirse abajo.

Transcurrieron unos minutos horribles, en los cuales pareció que la nave iba a partirse en mil pedazos.

De pronto, todo quedó quieto. Se escucharon chirridos de vez en cuando y las luces parpadearon, hasta apagarse.

Entonces se encendieron las rojas de emergencia.

Roger se libró de su cinturón de un manotazo y se volvió hacia Carol, asustado. Suspiró al verla respirar y la muchacha, enseguida, abrió los ojos, mirándole.

La ayudó a salir de la cama. El suelo estaba un poco inclinado, y varias veces resbalaron antes de lograr salir del camarote. El pasillo era un caos de hierros y aceros destrozados. Al fondo provenía una densa humareda.

Roger ayudó a Carol a caminar por el difícil camino. Pasaron por delante de un camarote y Roger atisbó el interior, apartándose de allí con rapidez y no dejando que Carol mirase. Lo que había dentro era demasiado desagradable. Las mamparas estaban

retorcidas y habían aplastado a cuatro tripulantes.

Hallaron al profesor con vida, pero muy magullado. Al menos, Adams lo había atado bien a la litera. Al propio Adams le vieron al doblar el pasillo central. Tenía una herida en la frente, pero el muchacho aseguró que no era nada. Muy pálido, dijo:

—No se molesten en mirar más. Yo he recorrido los demás camarotes. Están todos muertos.

Roger deglutió. Le pareció que era algo erizado lo que tragó.

—El módulo de mando —dijo.

—El camino está interceptado. Se han hundido los techos y todo es un amasijo de hierros. Pero creo que podremos salir por una de las esclusas de emergencia.

—¿Salir? ¿Adónde? —inquirió Carol—. No disponemos de trajes…

Roger la calmó.

—Preciosa, desde hace un buen rato hemos dejado de respirar la atmósfera de la nave. ¿No lo notas?

Una corriente de aire parecía proceder de algún rincón.

Miraron hacia allí. La abertura era estrecha, pero lo suficiente para que a su través se filtrase una luz cenicienta.

Encontraron una esclusa y la puerta funcionó. Roger se deslizó por el tubo y por un momento recordó el momento vivido en el Gadir. También tuvo un pensamiento para O'Connors. Tal vez desde el exterior pudieran llegar hasta el módulo de mando.

La segunda puerta se abrió también al actuar sobre el dispositivo de apertura. Roger quedose unos segundos quieto antes de salir. Cuando lo hizo se vio rodeado por una luz difusa, gris, extraña.

Ayudó al profesor a salir. Le preocupó el aspecto del anciano. Aunque no tenía heridas superficiales podía estar dañado. Luego apareció Carol y por último el sobrecargo Adams.

Anduvieron sobre el fuselaje de la nave, que se había detenido después de deslizarse algunos kilómetros.

Por el camino se había desprendido el cuerpo impulsor de babor. El de estribor aún permanecía sujeto al núcleo central milagrosamente.

Los sistemas de sujeción habían resistido en aquel sector, y tal vez gracias a ellos se había frenado la mortal carrera sobre una superficie reseca y rocosa.

Roger abrió la boca. El aire era denso, pero parecía respirable. Si tenía consecuencias funestas respirarlo, era algo que no debía preocuparle. Ya no había remedio.

Se miraron los cuatro supervivientes y Roger dijo:

—Miremos el módulo de mando. Es posible entrar en él desde el exterior, una vez que la nave abandona el espacio.

Tuvieron que saltar al suelo.

Bajo sus botas parecieron romperse millares de pequeños cristales. Caminaron hacia el módulo, suspendido a dos metros del suelo.

—Roger, ¿qué es esto? —escuchó que le preguntaba Carol.

—Fugaz; estamos en la Hendidura —replicó.

—Pero… ¡respiramos!

—Ya lo predije —dijo el profesor enfáticamente—. Y la composición atmosférica parece ser semejante a la de la Tierra. De todas formas, me gustaría haber hecho algunos análisis antes de salir…

Calló de golpe. Habían dado casi la vuelta al módulo de mando.

Varios seres estaban sobre él y algunos al lado. Bajaban un cuerpo inanimado, que enseguida descubrieron era la capitán O'Connors.

Se adelantaron tres hombres, seguidos de dos figuras pequeñas, de forma piramidal, que parecían deslizarse sobre el suelo. Unas armas se plantaron delante de las narices de los supervivientes.

—No se muevan —dijo uno de los hombres.

Roger lo miró. Además de ser humano totalmente, vestía uniforme del ISA. Pero el arma que empuñaba era totalmente desconocida para él.

—¿Hay más supervivientes a bordo? —preguntó el que les apuntaba.

—No —replicó Roger. Y miró a las figuras piramidales que se movían detrás de los hombres.

Eran de una altura algo superior a un metro, carnosos y palpitantes. De la cúspide surgían media docena de tentáculos finos que se agitaban continuamente. Tenían algo parecido a ojos a media altura, unos discos minúsculos que centelleaban en luz roja pálida. Se movían sobre el rugoso suelo sobre miles de cortos filamentos.

Los hombres que estaban sobre el módulo saltaron al suelo, y uno de ellos se destacó. Llegó sonriendo irónicamente, como presintiendo que su presencia iba a causar una sorpresa en los cuatro tripulantes de la nave siniestrada.

—No han sido muy afortunados en el descenso —dijo—. Esta chica —y señaló a O'Connors, que se la llevaban cargada sobre una camilla— nunca fue muy buena haciendo descender una nave en solitario. Debieron ayudarla, ¿no creen?

—Larry Symes —dijo Roger mascullando.

—Hola, Roger, me alegro de que te hayas salvado. Cuando descubrimos la presencia del DIP Dos, aposté a que tú lo comandarías. No hace falta que me presentes al profesor ni a la señorita Vogt. En cambio, no conozco a ese tipo que parece tan asustado.

—Sobrecargo Adams —dijo Roger. Miró a las extrañas criaturas —. ¿No es tu turno para hacer las presentaciones?

—Ah, te refieres a los aliados del señor Divo. Puedes llamarlos lierzhes, pero ninguno tiene un nombre en particular.

El profesor se agachó un poco para observarlo mejor, y los seres retrocedieron unos metros. Symes soltó una carcajada.

—Son tímidos. Divo es el único que tiene suficiente confianza con ellos e incluso les habla en su idioma.

Roger echó un vistazo a su alrededor.

—Estamos en la Hendidura, es obvio. ¿Sabes ya, Symes, lo que es todo esto?

—Solamente un poco; no me interesa mucho en realidad. Pero efectivamente, estamos en la Hendidura, como la llamas. Este planetoide solo tiene atmósfera en esta falla, que me parece es algo artificial. Aquí viven los lierzhes.

—Ya. Al parecer solo te interesas en otras cosas, ¿no?

—Eso. Si estás pensando en el dinero, has acertado.

—Millones, supongo.

—Efectivamente. Mucho dinero y una nueva personalidad me esperan en la Tierra cuando termine mi trabajo.

—¿Qué trabajo?

Symes empezó a dar muestras de impaciencia. Dijo al mismo tiempo que los lierzhes comenzaban a moverse más aprisa:

—Están impacientes. Deduzco que Jean Divo desea que os lleven

cuanto antes a su presencia. Seguidme.

Los seres se adelantaron y Symes les siguió.

Detrás de los cuatro supervivientes se situaron algunos tripulantes del Visitante, todos armados y silenciosos. Roger notó en sus miradas una frialdad inquietante y gestos demasiado bruscos.

Se alejaron de la destrozada nave. Caminaron por aquel terreno que parecía chirriar debajo de sus botas. A su izquierda se veía un lateral de la Hendidura, a unos dos kilómetros. A la derecha, apenas podía verse la otra pared debido a que la luz era demasiado pobre y se perdía en una penumbra gris.

A pocos metros había una plataforma circular, de un metro de gruesa. Flotaba en el aire y estaba rodeada por una barandilla metálica. En un extremo había lo que parecía ser la cabina de mandos.

Arriba les esperaban los hombres que se habían llevado a la inconsciente O'Connors.

La muchacha yacía en la camilla, cerca de la cabina. Subieron y la plataforma se puso en marcha. Después de elevarse media docena de metros, voló a unos ochenta kilómetros por hora en dirección contraria a la que habían dejado las ruinas del Lowell.

Roger vio que el profesor estaba extasiado con cuanto observaba. Se encogió de hombros y le dejó tranquilo. Tomó a Carol por la cintura y se dedicó a contemplar la configuración de la Hendidura.

Posiblemente estarían volando en la zona central, la más ancha.

El viaje duró casi una hora. La plataforma empezó a perder velocidad. Algo oscuro comenzó a dibujarse en la bruma que tenían enfrente.

Segundos más tarde, identificaron aquella forma confusa como el DIP Uno, posado sobre sus anclajes en una extensa superficie metálica.

Symes se volvió hacia ellos, sonriendo con orgullo.

—Yo conseguí posar la nave que estaba a mis órdenes sin dificultad. Y no crean que es fácil. Existe un torbellino a unos kilómetros de altura de la Hendidura, que si no se tiene en cuenta puede provocar una catástrofe. Por radio se lo advertí a O'Connors, pero esa estúpida no me hizo mucho caso.

—¿Cómo lo sabías tú? —preguntó Roger.

—Me lo advirtió el señor Divo —replicó Symes, algo molesto.

—Campos electromagnéticos —susurró el profesor.

—Sí, creo que se trata de eso. ¿Cómo lo sabe si ustedes no estaban en el módulo de mando al descender?

—Tengo mis teorías al respecto de este mundo —contestó White.

Symes fue a decir algo, pero la plataforma se había detenido y los liezhers fueron los primeros en bajar apenas la rampa fue echada.

Se habían detenido a unos cien metros del Visitante. Más allá se levantaban unas edificaciones oscuras, de apenas unos dos metros sobre el suelo.

Había una entrada circular, y allí vieron a más de aquellos seres de forma piramidal.

Los recién llegados formaron con ellos un compacto grupo, todos mirando hacia el centro y comenzaron a emitir silbidos mezclados con graznidos. Luego, todos entraron.

Cuatro hombres volvieron a tomar la camilla con la herida y corrieron hacia aquella especie de casamatas.

Roger había echado un vistazo a O'Connors y pensaba que no estaba grave. Tal vez una conmoción sin importancia, pero que precisaba de una revisión médica.

Symes les pidió que entrasen por la puerta circular.

Al otro lado había un pasillo estrecho que terminaba en otro mayor. Había ascensores al fondo. Dos de ellos ya estaban ocupados y bajaban. Usaron el tercero. Era amplio, en realidad un montacargas.

Bajaron suave y rápidamente, con velocidad creciente. Roger calculó, cuando se detuvieron, que estaban a más de quinientos metros bajo la superficie de la Hendidura, a los que había que sumar la profundidad de esta.

Salieron a otro pasillo y tuvieron ocasión de ver cómo los hombres corrían con la camilla, doblando un recodo. Symes les dijo:

—Vosotros venid por aquí; nuestro camino es otro.

Siempre vigilados por los hombres armados, fueron llevados hasta una habitación de cinco metros por cinco. Había un banco largo adosado a la pared y una pequeña mesa en el centro. Al fondo había una puerta pequeña, rectangular.

Symes, desde la puerta, les dijo:

—Esperaréis aquí algún tiempo. Yo tengo que informar al jefe de vuestra presencia.

—¿Qué tiene él que decidir? —preguntó ásperamente el profesor.

Larry Symes se encogió de hombros.

—No es asunto mío. Yo me limito a obedecerle. Puedo deciros que no tengo absolutamente nada en contra vuestra —miró a Roger—. Ni contra ti, Roger. Supondrás que ya trabajaba para Divo cuando me alisté para la expedición. Yo sabía que tenía que sustituirte en el mando de la nave y desde luego eso es todo.

Les sonrió y cerró la puerta de acero. Escucharon un chasquido.

—Cierre magnético —murmuró el profesor. Recorrió las paredes con la vista. Estas se unían con el suelo y techo en curvas suaves. Toda la estancia parecía formar una sola pieza—. Metal frío, de una aleación desconocida para nosotros.

Se sentó en el largo banco, mirando cómo Roger se dirigía a la pequeña puerta del fondo y la abría.

Se trataba de un pequeño cuarto de aseo. También había un retrete. Una canilla estaba sobre un lavabo.

La tanteó y salió un chorro de agua, que él se limitó a oler. Aunque parecía buena, recomendó a sus compañeros que se abstuvieran de beber mientras pudieran resistir la sed.

Se reunió con los demás en el largo banco. Entonces se dio cuenta de que estaba terriblemente cansado. Le dolía todo el cuerpo, tal vez a consecuencia del feroz descenso.

El profesor tenía los brazos cruzados y parecía mirarse atentamente las puntas de sus botas. Súbitamente, White dijo:

—Todo esto es asombroso. Este mundo procede del núcleo galáctico o de más allá. Ha llegado a nuestro Sistema a velocidad superlumínica, decelerando a placer y estableciéndose como satélite de Plutón. Si al principio creí que se trataba de un gigantesco vehículo espacial, y luego al acercamos y descubrir su estructura rocosa comencé a dudar de su índole, ahora vuelvo a pensar otra vez que puede ser manejado según la voluntad de sus habitantes.

Roger suspiró ruidosamente.

—Cualquier conjetura no puede ser rebatida ahora, White; pero lo que no acabo de comprender es la amistad de Jean Divo con unos seres que se han presentado inesperadamente en las fronteras de

nuestro Sistema. Y todo induce a pensar que esa amistad y su colaboración procede de muchos años atrás.

—Paciencia. Confiemos en que pronto el señor Divo nos saque de dudas.

—¿Y eso nos servirá de algo? —masculló Adams—. Esa gente, humanos y alienígenas, no nos dejarán regresar vivos. Sobre todo los tripulantes del Visitante no lo consentirán. Está en juego su seguridad.

CAPÍTULO IX

Transcurridas más de veinte horas les llevaron comida y agua. Eran raciones del Visitante. El hombre que les aprovisionó se limitó a dejar los paquetes cerca de la puerta, cerrando enseguida. Pero pudieron ver que un lierzhe le acompañaba, quedándose en el pasillo.

—Tengo la sensación de que los humanos son vigilados por esos seres —opinó Carol abriendo su ración después de beber un trago de agua.

Habían perdido la noción del tiempo. El profesor conservaba su reloj y aseguró que llevaban dos días y seis horas cuando volvieron a darles de comer. Esta vez era una mujer. Dejó en el suelo los paquetes y botellas. Carol se acercó a ella y rápidamente reaccionó, sacando su arma y apuntando a la reportera.

—Eh, calma, amiga —exclamó Carol retrocediendo un paso—. Solo quería preguntarte si piensan tenernos aquí mucho tiempo.

El lierzhe silbó desde el pasillo y la mujer se apresuró a salir, cerrando la puerta.

Roger estaba perdiendo la paciencia. Varias veces revisó centímetro a centímetro lo que para ellos era una celda, y con escasas comodidades además. El retrete-aseo era una pequeña cabina, que tras una inspección más tranquila parecía haber sido construida posteriormente añadiéndose a la habitación hacía poco tiempo.

Se había intentado rascar las paredes y suelo sin resultado alguno. El metal era demasiado frío para las hebillas de los cinturones.

En la siguiente visita que tuvieron, además de la misma mujer con la comida, vino Symes. Como siempre, en el pasillo había uno de aquellos seres, con sus palpitaciones carnosas y cortos silbidos.

Symes dijo:

—El señor Divo desea verte, Roger.

Al ver que los demás se levantaban, Symes se apresuró a decir:

—Solo quiere ver a Roger. Los demás se quedarán aquí. Le condujo por diversos pasillos sin dejar de apuntarle con una de las extrañas armas, que no parecía ajustarse bien a su mano. Roger se volvió en una ocasión y vio que el lierzhe les seguía a prudente distancia.

El capitán trató de conservar en la memoria el camino recorrido. Se detuvieron delante de una puerta transparente. Difuminado, al otro lado había un hombre alto, que paseaba alrededor de una mesa repleta de esferas de diversos tamaños que flotaban a distintas alturas.

Symes introdujo a Roger. La puerta de cristal no era tal, sino un campo de energía que solo produjo en Roger un cosquilleo. Pensó que en aquel momento estaría actuando a baja potencia, pero que en otro momento podría resultar mortal.

Cuando hubieron caminado unos metros en la estancia, el hombre se movió rápidamente, pulsó algún dispositivo y las esferas ascendieron hasta el techo, en donde desaparecieron.

Se volvió y miró a Roger.

El capitán entornó los ojos. Nunca había visto en persona a Jean Divo, pero en muchos noticieros del video pudo verle disertar largamente sobre el programa espacial o lanzar duras críticas sobre los gobiernos a causa de su intromisión en los proyectos de la Corporación Divo's.

Jean era un hombre que había pasado de los cincuenta y los aparentaba, en contra de su apariencia de hacía unos años, la cual siempre era más juvenil que los años que pesaban sobre sus hombros.

Roger le notó una mirada cansada o llena de indiferencia hacia todo, pero los movimientos de su cuerpo eran rápidos.

—Me disculpará usted por no haberle recibido antes, capitán De Mars. Pero he estado demasiado ocupado —se volvió hacia su derecha y señaló a una mujer sentada en un diván, en el fondo de la gran habitación—. Verá que mi tiempo lo he dedicado a una causa justa…

O'Connors se limitó a alzar un brazo a manera de saludo hacia Roger. Estaba lejos y él la creyó ver sonreír con cierta tristeza. No

respondió al saludo.

—Nuestra colaboradora tenía contusiones cerebrales que precisaban intensos cuidados, señor De Mars —siguió diciendo Divo —. Pero ya está completamente restablecida y ansiosa por regresar a la Tierra. Tal vez ese deseo tenga que retrasarse un poco, motivo del cual ella es en parte causante. Nuestros trabajos seguirán su curso establecido al no poder contar con la segunda nave, que aunque no contábamos con ella hubiera acelerado el final del proyecto.

—¿A qué proyecto se refiere, señor Divo? —preguntó Roger.

Divo abrió las manos en gesto condescendiente.

—Al mío, por supuesto. Ustedes a una mínima parte de él lo llamaron proyecto Goliat. El mío no tiene nombre, sino solo un fin: establecer contacto con esta raza inteligente —y señaló un grupo de silentes y quietos lierzhes que se agrupaban detrás de Roger, al lado de la entrada.

—Ha usado toda su fortuna y la del gobierno unido en su exclusivo provecho, ¿no?

—Claro que sí. Pero el gobierno unido y la Administración Internacional del Espacio me han incomodado mucho —se quejó Divo—. Para contentarlos he tenido que diferir mis proyectos, dedicando grandes sumas a distraerlos. Tenía que alejarles de mis verdaderos motivos. Por todos los medios intenté que la aproximación de lo que el profesor White bautizó como Fugaz no fuera detectado nunca, o al menos antes de tiempo.

—Y no dudó en matar o sobornar —le recriminó Roger.

—Se trataba de una lucha contra el tiempo. ¿Qué es una década? Nada comparado con la historia del Universo. Lamento haber dispuesto su muerte, capitán. De veras me hubiera gustado tenerlo a mi servicio.

—¿Cómo es que no intentó comprarme?

Divo miró por encima del hombro de Roger y dijo a Symes:

—Llévese a la señorita O'Connors, que descanse unas horas. Luego seguiré con ella. Ah, que nos dejen solos.

Symes parecía contrariado. Vaciló y Divo tuvo que apremiarle:

—Vamos, no tema por mi seguridad. Estoy seguro de que el capitán De Mars se portará como un hombre civilizado. Esta es una tregua que él respetará.

Larry, a regañadientes, dijo a sus hombres que sacasen de la sala a O'Connors. Cuando se hubieron marchado, Divo hizo un gesto al grupo de lierzhes. El grupo de seres se deslizó por el suelo en silencio y se marcharon humildemente. Aquello sorprendió a Roger. No concebía que Divo tuviese tanta autoridad sobre los alienígenas.

—Ahora estamos completamente a solas, señor De Mars.

Podemos hablar sin ocultar nada.

—No soy yo quien oculta algo…

—Digamos que debemos ser precavidos. Decía que dispuse su muerte porque entonces no tenía otra alternativa. Cuando el ISA aprobó el proyecto Goliat —porque yo había repartido dinero entre sus ejecutivos para que así lo hicieran, no conseguí que el capitán Larry Symes fuera nombrado comandante del Visitante. No quise promover un escándalo más cuando había tratado de entorpecer la labor del profesor White que anunció la aproximación de Fugaz. Decidí eliminarle a usted, Roger, en pleno viaje hacia Marte. Habían comprado mis hombres a la señorita O'Connors. Reconozco que me exigió mucho dinero por liquidarle a usted, se ve que le aprecia, pero todo tiene un precio en esta vida.

»Yo tenía que venir a Fugaz acompañado de gente de mi confianza, porque no podía arriesgarme a tener a mi lado a estúpidos idealistas como usted parecía ser después de un examen profundo de su historial.

»Me ha preguntado por qué no intenté comprarle entonces y yo le he explicado mis razones. Ahora tengo que aprovechar la circunstancia de que está usted vivo y puedo ofrecerle lo que quiera. Solo tiene que pedir.

—Antes tengo que saber lo que usted desea de mí. Además, dispone de muchos colaboradores.

—Y tendré más, todos los que quiera. Pero no serán de la categoría que necesitaré más adelante. Nosotros, Roger, queremos que se nos sirva conscientemente, conociendo cada persona lo que vamos a precisar de él.

—Bien, espero sus palabras.

—Hace unos diez años, Roger, yo era un magnate en un callejón sin salida. Mi mente no discurría como hubiera deseado. Entonces recibí una extraña visita. Sostuve una interesante conversación y desde entonces soy otro. He dejado de ser yo o sigo siendo yo, pero

con más poder mental, con mayor capacidad de raciocinio, siempre sabiendo lo que deseo.

»Nosotros, Roger, somos la avanzadilla de un nuevo estado de vida en la Galaxia. Ya habrá visto a esos seres de forma piramidal, ¿no?

—Los lierzhes.

—Lo que ve no son lierzhes, sino ardoonitas.

—No entiendo…

—Los ardoonitas son seres sin inteligencia, inferiores incluso a los humanos, pero eficaces vehículos para los lierzhes.

—¿Qué son entonces los lierzhes?

—Seres de infinita sabiduría, mentes puras que desde hace muchos milenios prescindieron de sus cuerpos torpes. Pero a veces necesitan de envoltura carnal para lograr sus fines.

»Siempre hemos vivido en el centro de la galaxia, pero hace mil años el gas estelar primario sufrió una convulsión y nuestro mundo estaba amenazado. Nos marchamos a un planeta situado en las espirales intermedias, en donde encontramos la raza ardoonita, que usamos para acondicionar su mundo según nuestro habitat ideal. Pero algunos siglos después, los nativos comenzaron a degenerar. Al parecer no podían soportar tener que convivir con una raza simbiótica como la nuestra…

—Un momento —gritó Roger—. Usted empezó hablando de esos seres como algo extraño, pero ahora se refiere como si perteneciera a ellos.

Divo sonrió ampliamente.

—Escuche la historia, Roger. Atentamente. Le he dicho que recibí una visita. Era un hombre, pero un hombre que había muerto hacía unos días. Ese cuerpo era utilizado por mí, precisamente. Yo fui un adelantado de mi raza. Llegué a la Tierra en una nave pequeña y allí permanecí varios años, estudiando el planeta y sus habitantes. Usé animales de todas clases, siempre saltando de un cuerpo a otro, hasta que elegí al hombre que debía ser mi vehículo ideal para conseguir trasladarme cerca de Plutón para esperar la llegada del viejo mundo Ardoon que había transformado en nuestro hogar, pero que se nos había hecho viejo e inservible a causa del agotamiento de sus minerales.

»Yo obligué a Divo a recibirme y entré en su cuerpo. Ahora soy

Divo, pero más que nada un lierzhe, el principal lierzhe de mi raza. Poseo los pensamientos de Divo, sumados a los enormes caudales de saber que he acumulado en miles de años de existencia exclusivamente mental.

Divo paseó delante del atónito Roger. Se detuvo y dijo:

—Habíamos descubierto la Tierra cuando comprendimos que este mundo no iba a poder soportar por más años a nuestra raza. También se nos acababan los cuerpos ardoonitas que precisábamos para llevar a cabo trabajos que necesitan miembros prensiles. Millones de mis hermanos están recluidos en esas esferas que usted vio suspendidas sobre la mesa al entrar, esperando que los humanos se conviertan en sus vehículos carnales. El hombre es fuerte y podrá servimos durante milenios e incluso para siempre si conseguimos que se reproduzcan eficazmente.

Roger alzó la mirada hacia el techo, hacia el lugar donde habían desaparecido las esferas de diversos tamaños.

—¿Cómo pueden caber millones de seres en tan reducido espacio?

—Tenemos el tamaño que deseamos en nuestro estado natural, desde el volumen de una pelota de ping—pong hasta un átomo. En nuestro mundo, en Fugaz, carecíamos de los materiales precisos para convertir el planeta Plutón en un nuevo sol, un sol a nuestra medida y exigencia. Precisamos de una estrella de silicio para nuestra supervivencia. No resistimos más de unos meses la exposición de un sol de carbono. Por eso usé las industrias de Divo para construir unas bombas que convertirán a Plutón, gracias a su metano y sílice solidificado, en un pequeño sol de combustión especial. No nos importa que a casi seis mil millones de kilómetros exista otro de carbono. Por el contrario, queremos conservarlo para que dé vida a la gran granja de cuerpos humanos en que queremos convertir la Tierra, Marte y Venus.

—¿Entonces Fugaz es un vehículo espacial?

—Con el esfuerzo de los últimos miles de ardoonitas labramos en su erosionada superficie esta gran ranura, que ustedes llaman la Hendidura. En realidad es una especie de impulsor extraordinario. Usando la energía estelar que inunda toda la galaxia podemos trasladamos a velocidades superlumínicas por el espacio. El flujo del vacío penetra por un lado y sale por el contrario. Fue fácil situar

a Fugaz como un satélite de Plutón, que pronto se convertirá en nuestro sol de silicio, una vez efectuado el bombardeo con los misiles que construimos en la Tierra.

—Una operación vasta y secreta que comenzó hace diez años…

—Así es. Usando la personalidad y los millones de Divo no me fue difícil conseguir que toda la Tierra trabajase para nosotros indirectamente.

—¿Por qué no se desplazaron en naves como usted lo hizo?

—Repito que carecíamos de materiales suficientes. Este mundo ya estaba casi agotado cuando nosotros llegamos. La raza Ardoon es vieja, pero poco inteligente, vegetativa. Vinimos aquí porque su estrella era la apropiada, pero al poco tiempo descubrimos que iba a convertirse en nova, además de que los aborígenes degeneraban: no toleraban la usurpación de sus mentes por otras más poderosas.

Roger sentía mil sensaciones. Tenía que reprimir sus impulsos de saltar sobre aquel hombre que una vez fue Jean Divo y que ahora, pese a hablar con su voz, era un ser procedente del centro galáctico, que le estaba explicando sencillamente cómo iban a terminar con la civilización humana. Pero tenía que soportarle, enterarse de todo cuanto pudiera.

—Si se creen tan poderosos y están plenamente confiados en que nada ni nadie podrá oponerse a sus planes, ¿por qué ha de hacerse una propuesta?

—Aunque billones de seres humanos se conviertan en aposentos de mis hermanos, siempre necesitaremos una reserva, ya que sus cuerpos no son inmortales como nuestras mentes. Siempre será precisa una renovación de cuerpos. Queremos que diversos planetas se conviertan en gigantescos cercados para la reproducción. Pero será preciso que una minoría de humanos, dos o tres millones, velen por la reproducción. Estos privilegiados estarán siempre exceptuados de servirnos de vehículos. Además gozarán de toda clase de privilegios, riquezas, mujeres, etc. Todo lo que ansía un hombre ambicioso.

—¿Y piensa que yo aceptaré?

—No estoy aún seguro, pero si usted rechaza lo que le estoy ofreciendo no dude de que encontraremos millones de voluntarios para ocupar cargos de privilegio.

Roger apretó los dientes. Aquel maldito sabía lo que decía.

Además de pensar como un alienígena que nada le importaba la raza humana, poseía los conocimientos de Divo. Y Divo sabía que cualquier hombre tenía un precio. Bueno, al menos, muchos de los miembros de la humanidad.

—Symes está de acuerdo con usted, según veo.

—Cuando lo encontré solo creía el señor Symes que cuando terminase yo con mis proyectos él recibiría unos millones de dólares y volvería a la Tierra, en donde a cambio de una pequeña parte de su fortuna lograría una nueva personalidad que le permitiera vivir en paz y olvidado. Cuando le revelé la realidad se turbó un poco, pero comprendió que no tenía otra alternativa.

—Los demás tripulantes del DIP Uno, ¿qué les pasa?

—A ellos no les consulté. Ahora mis hermanos experimentan con el uso de sus futuros vehículos carnales. Se turnan, ¿sabe?

—Siempre va acompañado un tripulante por uno de esos seres en forma de pirámide. ¿Por qué?

—Digamos que son sus ángeles guardianes. Los cuidan hasta que puedan manejar sus nuevos cuerpos totalmente.

—De todas formas usted está loco, Divo, o quien sea. El Sistema Solar no claudicará tan fácilmente. No dudo de que sean capaces de convertir a Plutón en un sol especial para ustedes, pero la humanidad no se rendirá.

—Lo hará.

—Está muy seguro…

—Claro que sí. Disponemos de bombas suficientes para convertir Plutón en un sol de silicio. Y nos sobrarían para que el Sol dejara de ser una estrella de carbono, que su núcleo se transformase en una gigantesca masa de sílice.

Divo soltó una carcajada que a Roger ya no le pareció nada humana.

—Cuando la humanidad vea lo que haremos con Plutón, no dudará de que la eliminaremos en meses si no acatan las órdenes de los lierzhes. ¿Cómo poner en tela de juicio que no poseemos la capacidad técnica de privarles de su hermoso Sol amarillo? Y no hablemos de que podemos ser atacados. Como Divo tengo conocimientos para estar tranquilos.

»Sé que la Tierra solo tiene naves espaciales lentas, que precisan de dos meses para ir de Marte a Plutón. Nos sobra tiempo para

detectar un problemático ataque. Apenas detectásemos la aproximación de un vehículo hostil lanzaríamos nuestros misiles contra el Sol. ¿Quién podría detenerlos? Y semanas más tarde, comenzaría el cambio, para un año después morir hasta el último ser racional o no, de carbono en este Sistema.

—Se quedarían sin sus vehículos, como nos llaman.

—Sí, sería una pérdida lamentable. Pero no habría otra solución. De todas formas tendríamos la inmortalidad asegurada en este Sistema, además de inmensas reservas de minerales que nos permitirían efectuar expediciones a otras estrellas en busca de seres adecuados a nuestros deseos. Roger, espero su respuesta.

—Necesito tiempo.

Divo asintió rápidamente.

—Tiene diez horas. Tengo que saber si está dispuesto a colaborar con nosotros fielmente antes de ese plazo.

—¿Alguna razón especial?

—Luego bombardearemos Plutón y será enviado un mensaje a la Tierra, un ultimátum. Y no se devane los sesos pensando cómo engañarme. Cuando me diga que está dispuesto a trabajar para mí le someteré a una prueba que me confirmará que no miente. Si no la supera servirá como un vehículo más para nuestras necesidades.

Divo debió haber llamado a Symes sin que Roger se diese cuenta, pues la puerta se abrió y entró seguido de dos de aquellos hombres ausentes que eran usados simbióticamente por los lierzhes.

—Llévalo con los demás. Si le interesa mi propuesta no dirá a ninguno de sus compañeros lo que aquí ha sabido —dijo Divo.

Antes de marcharse, Roger preguntó a Divo:

—Aún no sé si O'Connors está también de su lado.

—Se lo pregunté antes de que usted llegase, De Mars —sonrió lascivamente—. Y me respondió enseguida que sí.

CAPÍTULO X

Roger corrió el riesgo de que la celda estuviera plagada de micrófonos ocultos. Contó todo lo acontecido, lo más brevemente posible.

Añadió:

—Después de decirme que contaba con la colaboración de Symes y O'Connors me sugirió que yo estaría capacitado para elegir a los miembros de la raza humana que no serán usados como vehículos —y miró a sus tres compañeros.

—Puedes engañarle, decirle que estás dispuesto a colaborar —dijo Carol.

—No sé. Me advirtió que me sometería a una prueba. Ignoro qué pueda ser.

—Tal vez esos seres sean telepáticos —comentó White.

—No lo creo. No necesitarían prueba de ninguna clase. Se limitarían a leerme la mente.

—¿Por qué precisamente desea que usted colabore con él, capitán? —preguntó Adams—. Si le desechó hace tiempo porque no estaba seguro de que fuera a venderse, ¿por qué se arriesga ahora a que usted trate de engañarle?

—Me tiene entre la espada y la pared.

—Y también desea usarte por tu prestigio en la Tierra.

Después de la lógica conmoción ante el ultimátum, la gente se sentirá confundida, y si tú, Symes y O'Connors, oficiales que mandaron las expediciones a Plutón hacen buena propaganda acerca de los lierzhes, sobrarán voluntarios —dijo el profesor—. Con la mentalidad de Divo, gran conocedor del comportamiento de las masas, esos alienígenas ocultarán inicialmente que los humanos serán tratados como ganado. Luego, cuando tengan a los tres planetas organizados y con una fuerza de represión adicta a ellos, empezarán a escoger servidumbres. Cuando la gente se dé cuenta de

la trampa en que ha caído, será tarde.

—No lo pinta usted de color de rosa, profesor —sonrió Roger.

Carol le apretó una mano con fuerza.

—¿Qué tiempo te ha dado? —le preguntó.

—Quedan unas nueve. Quiere mi respuesta antes de que, por medio de la nave DIP Uno, envíe los misiles precisos contra Plutón.

Los ojos de White se iluminaron.

—Esa es una de las razones por las que te necesita. La operación será difícil y el Visitante no podrá ser tripulado solo con Symes y O'Connors. Precisan de tu ayuda.

—Si piensa que será una oportunidad… Está equivocado, profesor. Divo o lo que haya dentro de él disponen de zombis humanos, ocupados por lierzhes. Siempre nos vigilarán.

—No podemos tener ningún plan con un mínimo de probabilidad de éxito, pero te aconsejo que te muestres dispuesto a aceptar, muchacho —le dijo con vigor el anciano.

Roger asintió. Comió algo de las últimas raciones que les dejaron. Luego se retiró aparte de los demás, a meditar.

Sus compañeros se miraron entre sí y le dejaron solo. Ni Carol se atrevió a molestarle.

Habían pasado unas ocho horas cuando la puerta se abrió y en el umbral apareció O'Connors. Todos se levantaron. Ella se apresuró a decir, mostrando un comunicador que llevaba sujeto al hombro:

—Estoy en contacto con Divo; él quiere saber tu respuesta, Roger. Dila y lo sabrá inmediatamente —había hablado muy pausadamente.

Roger se acercó a la mujer. Dijo roncamente:

—Estoy dispuesto a colaborar —señaló a sus tres compañeros—. Pero ellos deben ser apartados de los planes. Quiero que conserven su personalidad y tengan los mismos privilegios que yo.

O'Connors esperó la respuesta de Jean Divo a través del auricular que llevaba colocado en su oído derecho. Cuando la obtuvo, dijo:

—Elige dos.

—¿Por qué dos?

—Es la garantía que Divo te pide para comenzar a confiar en ti. Desea que mates a uno, el que desees —la mujer estaba muy pálida, incluso sudaba tanto que Roger pudo advertirlo pese a los dos

metros que les separaban. Le tendió una segunda pistola, mientras ella amartillaba otra—. Toma. Solo tiene un disparo. No intentes usarla contra mí y para escapar si tu actitud es falsa. Vamos, ¡dispara! No hay tiempo que perder.

Roger, atónito, la tomó como si pesara una tonelada. Era un arma humana. Disparaba dardos eléctricos, capaces de paralizar un corazón.

—Creo que la elección es obvia —silabeó O'Connors—. Aunque no debiera aconsejarte, yo no dudaría en tu lugar, Roger —y apuntó con la barbilla a White.

El capitán agachó la cabeza. Murmuró:

—Sí, es el más viejo. Adams tiene derecho a vivir…

—¡No le agradeceré seguir viviendo, maldito puerco! —gritó el sobrecargo. Al hacer intención de avanzar contra Roger, O'Connors le contuvo con su propia pistola.

Roger levantó muy despacio su arma y apuntó cuidadosamente contra White.

El profesor había dejado de temblar y se quedó muy quieto.

Carol se apartó de él. Estaba silenciosa, mordiéndose los labios.

El capitán disparó y el dardo hizo una pequeña mancha en el pecho del profesor, a la altura del corazón. El anciano se desplomó suavemente.

Adams dejó de insultarle, y O'Connors pareció escuchar instrucciones de Divo.

—Perfecto —dijo—. Divo lo ha oído y visto todo. Está contento contigo, Roger. Puedes conservar la pistola. Ese Adams no parece de fiar; deberías haberlo matado a él. Toma esto.

Le arrojó una varilla. Le explicó que con ella podría abrir la puerta de la celda y salir cuando quisiera. Añadió:

—La pistola tiene más cargas. Te mentí antes. Sí es preciso úsala contra Adams, pero seguirá viviendo si tú lo deseas. Te espero fuera para conducirte al lugar donde te aguarda tu primer trabajo. Si quieres puedes despedirte de Carol. Más tarde vendrás por ella.

La mujer salió precipitadamente, como si tuviera mucha prisa por hacerlo. Entonces Roger corrió hacia el profesor. Carol hizo lo mismo.

Desde un rincón, Adams seguía insultando a Roger. Volviéndose hacia él, Carol le increpó:

—Cállese. Usted no ha entendido nada.

El sobrecargo se quedó con la boca abierta, viendo cómo Roger descubría el pecho del profesor, mostrando una placa metálica.

—White usa un marcapasos, muchacho. O'Connors lo sabía y por eso me sugirió que disparase contra él. Ahora está detenido, pero si nos damos prisa podemos volverlo a poner en funcionamiento.

—El disparo lo inmovilizó —añadió Carol nerviosamente— provocando un cortocircuito. ¿Podrás hacerlo, Roger?

Sudando, Roger había abierto la minúscula cámara. Los filamentos estaban separados, pero volvió a unirlos. Practicó masaje y alzó la mirada sonriente:

—Está a salvo. Se recuperará enseguida. Esa chica es inteligente. Nos ha dejado solos para que pudiéramos actuar a tiempo, evitando que Divo lo viese todo con la cámara que llevaba sobre el hombro.

Cuando White comenzó a respirar y luego abrió los ojos, forzando una sonrisa, Roger se levantó.

—El viejo zorro también comprendió, y supo que debía correr el riesgo. Ahora debo reunirme con O'Connors. Vosotros esperad aquí. Si no he vuelto dentro de… digamos seis horas, salid y haced lo que más os plazca. Sobre todo, hay que tener cuidado con los tripulantes del Visitante; son los más peligrosos con sus huéspedes lierzhes. Los otros no me inspiran temor alguno. Los usan porque no disponen de otra cosa mejor.

Se acercó a la puerta y usó el codificador. La puerta se abrió y salió al pasillo. A unos metros le esperaba O'Connors. Se había liberado de los mecanismos comunicadores y le interrogó con la mirada, después de asegurarle que podía hablar con confianza.

—El viejo está bien.

Roger abrazó a O'Connors. Ella se estremeció entre sus brazos, apartándose enseguida.

Sus ojos estaban húmedos cuando, entrecortadamente, dijo:

—No, no me agradezcas nada, cariño. Sigo siendo una sucia mujerzuela capaz de todo por dinero, pero no pude seguir adelante cuando Divo me contó lo que iba a pasar en el Sistema Solar.

El capitán le secó las lágrimas con los dedos, sonriendo alentador.

—Olvídalo. Yo ya lo he hecho. Ahora debemos impedir que esos asesinos sigan adelante con sus planes.

—Symes y Divo nos esperan. Te necesitan para que lances las bombas en un punto exacto de Plutón. Y hasta es posible que luego te eliminen.

—¿También a ti?

—No, a mí no. Yo ya estaba dentro de su juego desde hace tiempo. Es más fácil que me crean. Iremos en el Visitante, según su plan.

De pronto, Roger la miró fijamente. Preguntó:

—¿Qué prueba te han exigido?

Ella desvió la mirada.

—Liberaron de su parásito a uno de los tripulantes. Cuando el pobre chico comenzó a recobrar el dominio de su mente, me pidieron que le matara. Lo hice, Roger, lo hice.

Él no supo qué decir.

—Tenía que hacerlo porque era la única posibilidad que tenía de hacer algo. Al fin y al cabo, él iba a dejar de ser humano, a morir soportando dentro de su organismo uno de esos monstruos, ¿no?

Roger asintió y acertó a decir:

—Sí, tienes razón. ¿Y Symes?

—No podemos confiar en él. Es adicto totalmente a Jean Divo. E incluso creo que está entusiasmado con la idea de convertirse en una especie de reyezuelo de una humanidad esclavizada. Están los dos en la sala donde se hallan las esferas con toda esa maldita raza, esperándonos y celebrando el éxito de sus planes.

El capitán la tomó de un brazo.

—Vuelve a la celda y condúcelos a la nave. Esperadme allí.

Roger miró la carga de su pistola. Solo tenía para dos disparos, y la cambió por la de la muchacha, quien le pregunto ansiosamente:

—¿Qué locura pretendes hacer?

—Tú obedece ahora y procura que Carol te obedezca. No sé, dile alguna mentira, que yo estoy esperándoos en la nave. Si tardo demasiado, no lo dudes y despega. Llévate esos misiles lejos de esos monstruos. Vuelve a Marte y cuéntalo todo.

O'Connors suspiró y le volvió la espalda. Roger la vio caminar en dirección a la celda. Se encogió de hombros y trató de recordar el camino que debía conducirle a la sala.

Al doblar un recodo del pasillo, se topó con dos ardoonitas. Fríamente disparó contra ellos. Apareció otro, que comenzó a lanzar

sus silbidos. Lo achicharró. Pasó por encima del montón de carne pestilente y siguió caminando.

Mató a tres de aquellas pirámides de carne palpitante antes de llegar hasta la puerta de energía. Confiaba en que dentro estuvieran los correspondientes parásitos.

Penetró en la sala en el preciso instante en que el bloque de esferas ascendían hacia el techo, hasta su redil.

Junto a la mesa estaban Divo y Symes. Ambos le apuntaron. Divo estaba congestionado. El ser que lo dominaba, que era su dueño, parecía expresar así su malestar.

—Maldito idiota. Sabemos que has mentido, que la muerte del profesor ha sido un sacrificio para realizar tu quijotesca acción.

Roger levantó las manos, sosteniendo aún en la derecha el arma. Parpadeó. ¿Cómo le habían descubierto?

Divo empezaba a ponerse rojo y rugía al hablar.

—Ser ignorante. ¿Es que no has pensado que todos los miembros de mi raza podíamos estar en contacto mental constantemente? ¡Has asesinado a seis de mis hermanos, a seis seres inmortales!

Roger sabía que apenas moviera un músculo dispararían sobre él.

También estaba seguro de que Divo, sobre todo, iba a liquidarle rápidamente.

Alzó la mirada. Las esferas aún no se habían ocultado en el techo. Debían de ser muy frágiles las envolturas que encerraban a millones de lierzhes.

Solo tuvo que girar un poco el canon de su arma. Rezó para que la trayectoria del dardo fuera la correcta. Disparó.

Las esferas empezaron a estallar en cadena. Solo había acertado a una, pero debían estar conectadas entre sí o aquella destrucción se estaba produciendo por simpatía.

Una lluvia de corpúsculos dorados caían sobre Divo y Symes.

El primero aullaba como enloquecido, pero Larry, más sereno, reaccionó y le disparó.

El fino rayo de fuego alcanzó a Roger. Sintió un dolor inmenso en el muslo derecho. Disparó a su vez. Vio a Symes saltar sobre la mesa, materialmente cubierto por la lluvia dorada. Cuando cayó al otro lado, estaba partido por la mitad. Roger le había disparado como una docena de dardos.

Trató de caminar, de salir de allí, y notó que la pierna le dolía terriblemente. Volvió la cabeza y vio salir de la cortina de corpúsculos de oro a Divo. Parecía inhumano, debido a la furia que su parásito le transmitía.

Sintió un nuevo dolor y la pistola saltó de su mano, cayendo al suelo. Iba a agacharse para recogerla, presintiendo que su gesto era inútil, cuando algo se cruzó rápidamente y se colocó entre él y Divo.

Recuperó su pistola y se revolvió en el suelo, justo a tiempo para ver cómo O'Connors y Divo disparaban al mismo tiempo.

El hombre sufrió un espasmo y la mujer cayó junto a él, resbalando por el suelo. Se volvió para mirarle, intentando sonreírle. Tenía una terrible herida en la garganta, por la que manaba abundante sangre. Con voz estrangulada, le dijo:

—Te… te esperan en los ascensores… Tú… mereces salvarte, cariño…

Rugiendo, Roger se levantó. Miró a Divo. Aún se movía.

Le disparó todas las cargas del arma, hasta dejarlo inmóvil.

De las esferas seguían cayendo millones de corpúsculos, que cubrían el cadáver. Echó un vistazo a O'Connors. Había muerto, estaba seguro.

Antes de salir de la sala, vio que entraban por la puerta del fondo varios tripulantes del visitante. No parecían armados y no hicieron más que moverse por la estancia, lanzando gritos de horror ante el espectáculo.

Roger sabía que nada podía hacer por ellos. Se volvió y corrió renqueante por los pasillos, rogando que pudiera encontrar los ascensores.

Inesperadamente casi se dio de bruces con un tripulante poseído. Lo empujó y disparó contra él casi sin pensarlo. Respiró cuando al pasar junto a él observó que estaba armado.

Cuando creía haberse perdido vio a Carol, Adams y White salir de una esquina. La muchacha le gritó, haciéndole señas. Detrás de sus amigos estaban los ascensores.

Entraron en uno de ellos y cuando Carol empezó a decirle a Roger que O'Connors había ido en su busca, él replicó que ella no regresaría.

White había pulsado algún botón. La primera parada no les

condujo a las casamatas y tuvieron que volver a subir. Respiraron cuando reconocieron delante de ellos el pasillo. Corrieron y salieron al exterior, a la Hendidura.

La distancia que les separaba de la nave les pareció enorme y llegaron hasta su puerta agotados. Jadeante, Roger subió por la rampa hasta la compuerta. Nerviosamente maniobró en el cierre, temiendo que este no respondiese.

Suspiró ruidosamente cuando la compuerta se abrió. Apenas entró Adams, que iba el último, la cerró.

Atravesaron el bloque central hasta penetrar en el módulo de mando. Entonces Roger se sintió desamparado. El sobrecargo tenía ligeras nociones de pilotaje, y Carol, ninguna.

Pero el profesor se sentó resueltamente a su lado, extrayendo su consola para empezar a tabular en ella.

—Conozco bastante de navegación, muchacho. Vamos, compruébalo todo y salgamos de aquí.

Roger descubrió un segmento desconocido para él en su consola. No necesitó ni medio minuto para interpretar aquellos mandos. Desde allí se disparaban los misiles. White lo miró y empezó a sonreír.

—Magnífico. Con esto daremos una lección a esos monstruos parasitarios —al notar que Roger le miraba sin comprender, agregó

—Tú pon en marcha la nave y condúcela durante unos kilómetros a lo largo de la Hendidura. Quiero llegar hasta el complejo desde el cual los lierzhes ponían en marcha este mundo al aspirar el flujo de las estrellas. Esas misteriosas bombas además de servir para convertir un planeta en un sol de silicio, poseen una gran carga explosiva. La precisa para atravesar la costra de Plutón.

Roger asintió. Empezaba a comprender un poco. Miró a Carol y a Adams. Ambos estaban sentados y sólidamente sujetos.

Puso en marcha los potentes motores y la nave saltó impulsada hacia adelante. Por la cámara de proa vio pasar vertiginosamente la Hendidura. No quiso acelerar. Pronto vio una pequeña elevación metálica, a unos diez kilómetros enfrente. Entonces elevó al Visitante. Unos segundos más tarde pulsó el botón rojo. Del vientre de la nave surgieron una riada de proyectiles cuando esta salía de la Hendidura acelerando vertiginosamente.

Los cuatro supervivientes se sintieron aplastados en sus asientos

a causa de la tremenda aceleración.

Los aparatos de a bordo detectaron explosiones a sus espaldas. Entonces ya estaban a más de mil kilómetros de Fugaz.

El final

—Este es un informe para el *International Space Administration*. Habla el profesor Ray White —hizo una pausa y miró al somnoliento Adams. Roger le había dicho que se ocupara del piloto automático, de regreso a Marte, pero White sabía que esto era innecesario. Pero los jóvenes se habían merecido unas horas de soledad en su camarote—. Debo comenzar por el principio. Pero haré un inciso para predecir lo que sucederá ahora, en el final.

»Los alienígenas, o los que queden en Fugaz, perecerán cuando lo haga su planeta-vehículo. Desaparecerán cuando se hallen apenas a unos cincuenta millones de kilómetros del Sol, hacia donde se dirigen a gran velocidad.

»Fugaz caerá en el Sol cuarenta días antes de que nosotros descendamos en Marte. Aún no estoy seguro de lo que hicimos, pero creo que al activar el dispositivo que permite el paso por la Hendidura del viento solar, ese planetoide empezó a moverse muy despacio al principio, para adquirir velocidad. De no encontrarse en su camino nuestra estrella, creo que se perdería por la galaxia para siempre. Ya no existe ningún peligro porque esas misteriosas bombas construidas precisamente en la Tierra por las industrias de Jean Divo explotaron inofensivamente en Fugaz. Su encuentro con el Sol le impedirá viajar por el cosmos a velocidad superior a la de la luz.

Hizo una pausa delante del comunicador. Dentro de cinco horas en Marte, en la Tierra y en cualquier punto del Sistema en que estuvieran sintonizando la frecuencia del Visitante, le escucharían. White no iba a revelar por el momento las crueles intenciones de los lierzhes. Eso podía esperar. Carraspeó y continuó diciendo:

—El comienzo fue cuando hace muchos años, creo que alrededor de treinta, un lierzhe llegó a la Tierra tripulando una nave, la

última que pudieron construir con los precarios medios de que disponía su raza. Se adelantó a la llegada de Fugaz al Sistema. Tenía que preparar el terreno. Estudió la forma de vida de la Tierra y decidió que precisaba la ocupación de un hombre importante, con mucho poder. Eligió a Jean Divo. No le culpemos de cuanto hizo. Divo no era responsable de sus actos. Era un alienígena quien hablaba y decidía por él, valiéndose además de su memoria, de sus conocimientos.

»El lierzhe o Divo tenía delante de sí diez años para disponerlo todo, para recibir a Fugaz…

White calló. Ahora estaban libres del peligro, pero pensó que los lierzhes conocían el secreto del viaje por las estrellas, el viaje siempre ansiado por el hombre, el traslado rápido.

En Fugaz tal vez existía el secreto. Se hubieran podido construir naves utilizando aquel medio que se valía de las corrientes solares, de los vientos de las estrellas.

Pero Fugaz se precipitaría en el Sol. Se encogió de hombros.

¿Quién podía saber lo que era mejor para la Humanidad? Se encaró de nuevo con el micrófono.

—Sigue el mensaje. Será un poco incoherente, lo siento. Por ejemplo, confiamos en que no habrá ningún problema en el regreso, pero sería una solución que de Ganímedes partiera una nave con auxilio. Tripular algo tan grande cuatro personas es algo difícil. Por lo tanto, ruego que nos aborden a medio camino y así podamos volver a casa sin problemas.

F I N